

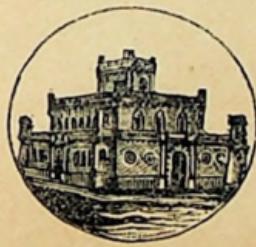
Nº 11

Héctor Vollo + + +



PIRIÁPOLIS

(REISEBILDER)



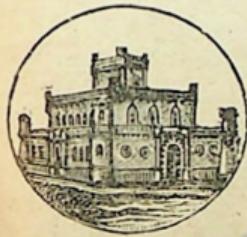
Montevideo, 1899.

Así mi estimado doctor D. Luis Melián ~~reprende~~
prende estas pobres páginas
a su amio Héctor Vollo

N. 1

PIRIÁPOLIS

REISEBILDER

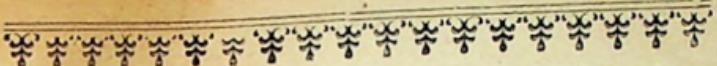


1899

Imprenta de "El Siglo", Calle 25 de Mayo núm. 58

MONTEVIDEO

Reproducción de
EL SIGLO de Montevideo
correspondiente al mes
de Abril de 1899.



PIRIÁPOLIS

I

Cuando desemboqué en el andén de la Estación, con la maleta colgando de la mano derecha y en pleno cabeceo, los lentes resbalados hasta la punta de las narices, el sombrero echado para atrás y el bastón descompuestamente bajo el brazo izquierdo amagando á cuanto transeunte caia al alcance de su regaton, los mas fidedignos relojes de Montevideo acababan de dar las 6 y 1½ a. m. y sin embargo el primer tren de Minas que, segun el horario, debia haberse marchado á las 6 y 20, estaba todavia allá.

Mi silueta, discretamente grotesca bajo las sacudidas de aquella carrera, fué enseguida avistada, de entre la muchedumbre viajera de Semana Santa que poblaba el andén, por el ojo vigilante del jefe de nuestra expedicion, don Francisco Piria, quien, abriendo los brazos con un ademan de dulce reproche y de satisfaccion á la vez, me condujo al wagon adonde nos habian ya precedido los demas compañeros.

No vaya, sin embargo, á creer la suspicacia de nuestros nietos, quienes á mediados del siglo venidero utilizarán la electricidad en la locomocion hasta de sus más modestos quehaceres, que mi retardo procediera de una excesiva devocion á Morfeo. No señores. Este su abuelo, al salir de casa aquella mañana, habia tarareado, sin sombra de anacronismo, el *Ecco ridente in cielo spunta la bella aurora* del «Barbero de Sevilla» con una hora de anticipacion á la salida del tren; pero luego, con el honesto propósito de acortar camino, se habia metido en una muy complicada combinacion de tranvias, algo asi como un *tour de force* de cálculo integral y diferencial aplicado á la vialidad, y habia concluido por enredarse en aquella enmarañada madeja. Conste.

Ya en el wagon y mientras la locomotora se ponía en marcha, de una rápida ojeada abarqué á los compañeros de la expedicion.

El sexo gentil estaba representado por una señorita, pariente de nuestro anfitrion; el comercio, por el señor Juan Antonio Piria, mas generalmente conocido bajo el diminutivo de Antonito; las ciencias exactas, por el ingeniero Carlos Honoré, del Ministerio de Guerra y Marina; y el arte, por el joven pintor español Emilio Mas. *Poca brigata, vita beata.*

En cambio, las personas conocidas que se hallaban en ese mismo tren y que se dirigian á diferentes puntos de la linea de Minas y de La Sierra para pasar alegremente los dias de Semana Santa, eran legion. De ahí que en seguida chisporrotearan muy animados los fuegos de la conversacion en toda la linea y sobre los multiples temas que ofrece la parlanchina y versatil sociabilidad moderna.

En nuestra rueda se habló en grande y de todo. Hubo quien, despues de hacer una excursion

hasta las remotas lejanías de la civilización india para dar una ojeada al *Ramayana* y un tironcito de barba a los fakires, disertó al mismo tiempo sobre la excelencia de la tortilla de alcauciles y las virtudes poéticas de Rubén Darío, concluyendo por trábarse en lucha descomunal con Darwin al que negó en absoluto la acción del medio ambiente sobre los organismos. Don Francisco Piria, dando rienda suelta á su espíritu de observación, hizo una crítica aguda y sarcástica de nuestro sistema tributario, que para los efectos del impuesto afora del mismo modo los campos flor, que gozan los beneficios del ferrocarril, y los bañados que dormitan en la inacción, lejos de todo camino nacional y departamental y de toda línea ferrocarrilera. Y otro compañero, empuñando la tizona de Atila, se metió en el campito de nuestros jóvenes escritores y de nuestros jóvenes artistas, pegando descomunales mandobles que no dejaron titíere con cabeza.

En la Estación de Pando el ya numeroso grupo de cazadores que iba en nuestro tren recibió el refuerzo de un buen contingente á las órdenes ó casi de don Felipe Polleri, disfrazado con mucho donaire de Nembrod, con el chaleco preñado de cartuchos y los lábíos chorreando toda una serie de auto-aventuras venatorias de las más asombrosas.

Luegó empezó el desgrane, bajando los varios grupos en Olmos, en Las Toscas, en Mosquitos, en Piedra de Afilar y hasta durante la subida de los repechos, como pasó con el exministro de Hacienda, doctor Mendoza, quien, aprovechando la lentitud de la marcha, se deslizó con una ajilidad absolutamente juvenil, acompañado de algunos amigos.

Ese desgrane no obstó, sin embargo, á que el

contingente que se dirijia á La Sierra nos obligara á esperar casi una hora nuestro turno para sentarnos á la mesa en el restaurant de aquella Estacion, donde almorzamos antes de subir al breack que debia conducirnos á Piriápolis, meta de nuestro viaje.

II

Hace apenas cinco años que este nombre de Piriápolis ha empezado á sonar, primero timidamente, debido quizás á sus vibraciones fonéticas de marcada etimología griega y por tanto exóticas en un todo para los oídos criollos, después con extraordinaria resonancia que, ante una mirada perspicaz, bastaria de por si so'a para revelar el poco comun caudal de actividad que sabe desplegar su fundador.

En su génesis campea lo inesperado.

Allá por el año 92, don Francisco Piria experimentó algo así como el antojo de hacerse de unas cuantas cuadras de campo, situadas en paraje muy pintoresco, para descansar periódicamente en ellas de sus tumultuosas tareas diarias. Pudo entonces creerse que este repentino asomo de tan marcada tendencia quietista en un temperamento incansable y batallador como el suyo fuera síntoma de decadencia—pero los hechos inmediatos demostraron que era sencillamente el preludio de un nuevo, mas vigoroso y mas ancho período de actividad.

Apenas experimentado ese deseo, apresuróse á convidar á algunos de sus amigos para una gira de placer, cuyo objeto era precisamente el hallazgo del rincon apetecido, y el dia después se puso en camino hacia la zona del Este.

Aquellos descansados Argonautas recorrieron varias leguas *oichando* infructuosamente el

velocino de oro, hasta que una tardecita fueron á parar en una pulperia sita en las proximidades de Pan de Azúcar, cuyo paisaje delicioso acababa de hacer profunda mella en el encumbrado y reacio gusto estético de la comitiva.

Casualmente, á la misma mesa se sentaron el dueño del campo, quien, por un conjunto de razones, queria vender su propiedad, y el jefe de los Argonautas que estaba ya resuelto á comprar por cualquier precio. Como era natural, al poco rato entre aquellos dos polos opuestos funcionó la vieja fuerza de atraccion y, antes de que se apurara la última copa, el trato estaba arreglado en perfecta forma.

Así don Francisco Firia se hizo de 2700 cuadras, situadas desde la falda de Pan de Azúcar hasta el mar, en la zona que perteneció á don Leonardo Olivera, uno de los patriotas que en la region del Este mas contribuyeron á la independencia de la República, el mismo que personalmente tomó la fortaleza de Santa Teresa, entonces ocupada por fuerzas brasileras.

En seguida, persiguiendo la realizacion completa de su deseo - un rincon para descansar en él periódicamente de sus tumultuosas tareas diarias - abordó la transformacion de esas 2700 cuadras, que acababa de recibir en un estado absolutamente primitivo, levantando, para vivienda de los primeros pobladores encargados de los trabajos rurales, los ranchos que se ven en las proximidades de la playa y que fueron bautizados con la denominacion de *puesto viejo*.

Sucesivamente plantó una cuadra de viña, otra de hortalizas, otra de maiz etc., etc., únicamente para las necesidades locales, sin vislumbrar aun ni siquiera un rasgo del vasto plan agronómico, balneario é industrial que está rápidamente encarnando en la actualidad.

Profano todavía de la agricultura, pagó su aprendizaje á costas de su bolsillo y en razon directa de la ineptitud de sus primeros coadyuvadores, cayendo, entre otros, en el error de plantar tabaco antes de efectuar las indispensables obras de riego - todo lo cual don Francisco Piria relatará, para enseñanza de los futuros píchones de agricultores, en una obrita que está escribiendo en los ratos perdidos y que se titulará *Mis barbaridades agrícolas*.

Por su parte, las autoridades de los tiempos afortunadamente pasados, consecuentes con su programa de liquidar al país á la mayor brevedad, lo aporrearon con un encarnizamiento sin ejemplo. Primero desviaron el trazado ferrocarrilero del Este, cuya línea debía pasar por su campo; luego dándose cuenta de que ese golpe, que hubiera partido por el eje á toda otra empresa, dejó á Piriápolis vivito y coleando como antes, le buscaron camorra con el asunto de los vales, en los que la miopia de cierto funcionario creyó descubrir nada menos que todo un stock de papel moneda y que el Fiscal definió de licitísimo y legalísimo mecanismo para las necesidades internas del establecimiento; con el asunto de la carneada para la alimentación del personal; y por fin poniendo trabas á la introducción de veinte mil castaños que así se perdieron antes de llegar á destino.

Esa guerra desleal, mezquina y antipatriótica no puede extrañar á nadie, si se tiene en cuenta que las iniciativas valientes como la de Piriápolis, que á mas de beneficiar á toda una zona, honran al país en el exterior, constituyen el mas severo reproche contra las malas autoridades que, disponiendo de los poderosos resortes inherentes al mando, se encierran en la esterilidad mas escuálida, cuando no hacen el mal

por ignorancia ó por perversidad, mientras un solo hombre bien intencionado, activo é inteligente da cima á una obra que, sin sombra de exageracion, puede calificarse de colosal.

III

Serian las dos de la tarde cuando, los invitados en un break y nuestro anfitrion en una volantita, propiedad ambos del establecimiento de Piriápolis, dejamos la Estacion de La Sierra, bajo un cielo plomizo que de trecho en trecho nos rociaba con las escasas gotas de diminutas garúas.

Recien entonces comenzamos á fijarnos en el paisaje que, á esa altura, es uno de los mas pintorescos de la Republica, pues á las líneas rectas y monótonas de la llanura, donde la pregunta ritmica y estética se pierde sin contestacion, ya subentran las anfractuosidades de la montaña que repercute, multiplica y ensancha todo motivo artístico y musical con el complejo juego de sus líneas y con el eco de sus concavidades.

En primer término se divisa el Betete, de hombros poderosos y flanqueado por otros cerros menores; mas allá la Sierra de las Animas delimita el horizonte con su soberbio cortinaje azul que se pierde al Norte en una evanescencia opalina, hasta empalmarse con el sistema orográfico del departamento de Minas.

Y no menos interesante es el terreno onulado que estabamos recorriendo, cubierto de maleza agreste, entre cuyo verde asoman á intervalos blanqueando los blocks graníticos que anuncian la proximidad de la montaña.

El mas entusiasmado de nosotros era el pintor Mas, cuya fibra artística vibraba intensa-

mente á cada asomo de nueva perspectiva, á cada cuadrito que se ofrecía á nuestra mirada trazado por la mano maestra de la Naturaleza con esa sublime sencillez que hace brotar toda una sinfonía estética mediante el empleo de los mas pobres recursos: un pequeño estanque ojeando al través de dos ó tres plantas lacustres, un humilde barranco, pocas piedras, unos árboles y alguna que otra pincelada de cielo...

Pero Piriápolis no aparecía.

Recogido dentro de una gran cuenca rodeada por una sierra que se encorva en forma de herradura y cuyas cumbres principales se denominan Cerro del Inglés, de los Toros, de Pan de Azúcar y de los Burros, permanece oculto á la mirada del viajero, y recien se revela de golpe, como un escenario en el acto de levantarse el telon, cuando aquél franquea sus límites.

El panorama que entonces se abre dilatadamente, arranca una exclamacion de asombro, hasta de los espíritus mas cultos y mas apáticos, que son los menos susceptibles, aunque por razones diametralmente opuestas, de sorprenderse—pues la transicion entre la campaña casi virgen y la apoteosis de la agricultura científica y moderna no podria ser mas brusca y repentina.

La zona exclusivamente agronómica de Piriápolis es una gran extension de viñedo, repartido en cuadras lozanas, cuyo conjunto ofrece el aspecto dē un gigantesco damero, circunvaladas de zanjas que aseguran el drenaje permanente y garanten á las cepas ese terreno seco que es condicion indispensable para conseguir cosechas sumamente aptas para la vinificacion.

Todos los postes, asi de los alambrados que soportan las parras como de los que demarcan las varias fracciones del viñedo, son de granito,

procedente de las canteras del establecimiento, y el número de los colocados hasta la fecha alcanza la cantidad imponente de cuarenta mil. Son postes eternos, que ningún vendaval puede derribar, y sus cándidas hileras, tendidas por entre el verde de la gran iña, sugieren la idea de unas fantásticas guerrillas desplegadas á la conquista incruenta y fructífera del progreso.

Una esbelta red de sendas anchas, llanas y sólidas pone en rápida comunicación las varias secciones del establecimiento, desembocando en los dos caminos principales que cruzan Piriápolis, uno de Norte á Sur y otro de Este á Oeste, y casi todo ese sistema de vialidad está flanqueado por hileras de hermosas coníferas que confieren al elegante conjunto el aspecto de un vasto jardín.

Numerosas construcciones blanquean sobre aquel fondo verde.

Pero la nota más vigorosa rompe de las aéreas almenas del gran castillo, habitual residencia de la distinguida familia del propietario, situado en una loma que domina señorrialmente toda la cuenca, al pie de los cerros que rodean el costado Nord-Este de Piriápolis.

Cuando se piensa que, hace apenas siete años, aquellos campos estaban sumidos en la misma áspera y primitiva soledad que vió á los charruas aborigenes labrando piedras en los montículos de la contigua playa para armar sus flechas de puntas de pedernal, y de globos de granito las correas de piel de zorro de sus boleadoras, y que donde ahora prospera la vid se enroscaban al sol las víboras cascabel y de la cruz, y donde se levantan las actuales cómodas viviendas cruzaban libremente los pumas y los gatos monteses que bajaban de la sierra minuana, entonces se experimenta un sentimiento de

legitima admiracion por el hombre que ha efectuado con sus solos recursos y contra viento y marea esa asombrosa transformacion, y se calcula la suma de progreso que podría realizar este país si la caterva de los inútiles fuera contrabalanceada por un núcleo de ciudadanos de la misma talla que la del fundador de Piriápolis.

IV

En el castillo se nos esperaba desde el medio dia: pero, debido primero al atraso de hora y media aproximadamente con que el tren llegó á La Sierra y luego á la larga vigilia que nos costó el almuerzo, nuestros vehículos se detuvieron frente al portalon de entrada recien despues de las cuatro.

Fuimos con esquisita galantería recibidos por la señora dueña de la casa por una señorita hermana de esta y por la señorita hija del señor Próspero Renaux, mayordomo del establecimiento, muy competente enólogo venido expresamente de Francia hace dos años y medio.

Juzgando por la mirada que hechó á su alrededor el señor Piria y por una frase incidental que dirigió á su señora, creí comprender que, sin embargo, aquella recepcion no era completa. Pero, casi en seguida, apareció el complemento bajo forma de un caballero de botas, pantalon muy ajustado, saco azul claro con visitosos alamares y de corte absolutamente magiar, muy perfumado, muy desenvuelto, en un todo *superchic*, quien, adelantándose con paso pequeño, rápido y elegante como todo los demás, viró á saludar á los recien llegados. En cuan-

to pude fijar la mirada en su cara, una exclamacion de sorpresa y de verdadero regocijo se escapó de mis labios: ¡Sainz Rosas!

Era efectivamente él, mi buen amigo Francisco Sainz Rosas, la cortesia personificada, el adorno más codiciado de los salones de Montevideo. Nos había precedido en Piriápolis de unas 24 horas, abandonando de incógnito la capital con el propósito de arrancar á los aires vivificantes de aquel delicioso paraje la farmacopea que tonifique su salud un tanto descalabrada.

La señora nos instaló en un departamento del piso bajo, una serie de aposentos corridos, especialmente destinados á los huéspedes--y, dejándonos apenas el tiempo necesario para quitarnos el polvo de encima y para refrescarnos las manos y la cara, nuestro anfitrion, que, como todos los hombres de accion, es el mismísimo movimiento perpétuo, nos llevó en seguida á dar una vueltita por el parque en formacion y á visitar la bodega que acaba de construirse.

Se levanta el castillo, bonita obra arquitectónica del ingeniero Aquiles Monzani, en una loma, como ya dije, que le sirve de adecuado basamento y que confiere mayor esbeltez á sus tres pisos superpuestos, franjeados de torreones y de almenas donde nidifican las palomas. A su frente se abre un ancho camino de dulce declive, que empalma con la arteria longitudinal de Piriápolis, en cuya confluencia están plantadas las primeras obras de defensa del castillo, las que consisten en unas torrecitas con grande verja simulando el puente levadizo.

Todo ese perímetro, así como una regular zona que se extiende á los lados y detrás de la residencia señorial de Piria, están dedicados al

parque que se viene formando bajo la dirección de dos jardineros traídos de Montevideo.

Las estatuas, de bronce y de terracotta, un verdadero pueblo de estatuas, los jarrones y los demás adornos, importados directamente de Europa, se hallan ya colocados en los varios canteros, y, de entre todos ellos, sobresale un espléndido bronce, de factura romana ó pompeyana, que ocupa triunfalmente el centro del parque, como nota fundamental en aquella vasta euritmia, y que representa á *Mercurio en descanso*. Es el *leitmotiv* de los orígenes de Piriápolis que asoma una vez mas después de siete años, es decir, desde el dia en que Piria salió con algunos amigos de Montevideo buscando un pintoresco rincón donde descansar periódicamente de sus tumultuosas tareas diarias.

Está del mismo modo colocado un múltiple sistema de cañerías de fierro galvanizado para el riego del parque, las que se alimentan en una gran pileta-depósito, adonde llega el agua extraída de un manantial sito á 750 metros de distancia por un poderoso molino á viento que eleva una columna de dos pulgadas y media de espesor á 40 metros de altura.

En el costado Este del parque se plantará en los comienzos del mes entrante un bosquecillo, destinado á encuadrar en su verde marco el perfil del castillo.

Visitamos tambien en nuestra gira la caballeriza, imponente edificio que se está construyendo en la falda de un cerro bautizado por Piria con la denominación de Cerro de los Gigantes, atento á los grandes blocks de cienita que coronan su cumbre; la quinta, cuya extensión abarca dos cuadras y en la cual se cultivan varios frutales y una exquisita colección de hortalizas;

el palomar y el gallinero construidos por la carpinteria y por la herreria del establecimiento.

Hay que advertir que tanto el hermoso camino que se abre frente al castillo como el parque representan una muy considerable suma de trabajo, pues, por lo que se refiere al primero, hubo que acometer grandes movimientos de tierra, cientos de miles de carradas, para darle el actual declive uniforme, en cambio de las bruscas ondulaciones que presentaba en su estado primitivo; y, por lo que se refiere al segundo, fué necesario extraer grandes masas de pedregullo y reemplazarlas con humus traído de bastante lejos.

Por fin nos dirigimos á la bodega que se encuentra en la cuesta meridional del cerro Pan de Azúcar, haciendo exactamente *pendant* con el castillo.

Pero esta importantísima dependencia del establecimiento merece capítulo á parte.

V

La bodega es otra vigorosa manifestacion de la actividad de don Francisco Piria, cuya idiosincrasia despreciadora de los obstáculos mereceria un lugarcito en el libro de Lessona *Volere è potere*.

En efecto, hasta los comienzos de Diciembre pasado, en el paraje donde ahora aquel edificio extiende sus macizas paredes, ni las excavaciones para echar los cimientos se habian empezado aun. Las reducidas cosechas de los años anteriores—reducidas especialmente porque sobre el viñedo, todavia en formacion, habian caido las siete plagas de Egipto bajo forma de filoxera, de langosta, etc., y, sobre todo, bajo forma de la ineptitud de los mayordomos anteriores, de

los que uno llegó hasta quemar un sinnúmero de cepas con una solución antiparasitaria de proporciones sencillamente reventadoras — se guardaban en la *cave* del castillo.

Los primeros golpes de pico sonaron la mañana del dia 20 de dicho mes y, desde entonces, de 80 á 100 hombres trabajaron incesantemente en la obra, porque el período de la vendimia se aproximaba rápidamente y Piria había dicho: *Cóute que cóute, este año vinificaremos en la nueva bodega.*

El mismo ingeniero, fundándose en su larga práctica, sostenía que aquello no podía ser, atento tambien á la circunstancia de que los materiales debían arrancarse de la contigua cantera y que toda construcción en piedra demanda mucho mas tiempo que las de ladrillos.

Pero el fundador de Piriápolis se salió con la suya, pues el 28 de Febrero, es decir, 70 días despues, no solamente la bodega estaba concluida, sino que además los grandes toneles traídos de Francia estaban armados y perfectamente instalados.

Ese edificio, que se puede citar como ejemplo de solidez, está incrustado en la falda del cerro que flanquea Pan de Azúcar, entrando en un corte de tres metros y medio. Sus cimientos miden tres metros, su luz sesenta por once, sus costados nueve de alto y sus paredes ochenta y cinco centímetros de espesor.

En toda su longitud corren dos series de ventiladores, de las que una inspira y la otra expira, manteniendo, toda vez que se precise, una aereación constante y poderosa.

Mientras escribo estas líneas, se están colocando el cielo raso y las ventanas.

Los grandes toneles instalados hasta ahora, algunos de ellos de proporciones verdadera-

mente mastodónticas, proceden de la casa Gilly Hermanos de Nimes, una de las más acreditadas del mediodia de Francia, y son de una fabricacion especial, extraordinariamente sólida.

Para armarlos, ha venido ex-profeso el miembro de dicha razon social, señor Francisco Gilly, un joven muy inteligente que ha sabido valerse para su trabajo de elementos criollos pertenecientes al personal de Piriápolis, entre los que, según me dijo, ha logrado formar dos discípulos que prestarán buenos servicios á las instalaciones ulteriores del establecimiento.

Los toneles montados son: cuatro de 30.000 litros, diez de 15.000, dos de 10.000 y dos de 6.000, los que, conjuntamente con otros dos de 5.000 que se han traído de la *cave* del castillo, forman, así para empezar, la pequeñez de 312.000 litros..

Digo *para empezar*, porque en seguida se instalarán 15 toneles más, de 15.000 cada uno, alcanzándose aproximadamente el medio millon de litros.

Sin embargo, don Francisco Firia ha bautizado todo aquello con el modesto título de *primera sección de la bodega*, y para ello ha tenido el pequeño motivo de que en los comienzos de la primavera próxima construirá, a continuacion, la segunda, de idénticas dimensiones, y, detras del actual edificio, en las entrañas del cerro ya mencionado, la tercera, toda abovedada, para la conservacion de los vinos finos.

Como se ve, el motivo, aunque pequeño, es de algun peso.

Pero hay algo más: á la izquierda de la primera sección y sobre una elevacion soberbiamente panorámica, se está construyendo un *chalet* de dos pisos, de material y con líneas de palacete, para vivienda del mayordomo del establecimiento, y á su costado se le-

vantará en seguida, durante el invierno próximo, la *sección lagares*, de 80 metros longitudinales, adonde los carros vendimiadores llevarán las uvas que pasarán de inmediato á la trituradora movida á vapor y de pison continuo.

Complementará esta grandiosa bodega, única en Sud-América, un sistema de cañerías especiales, por las que el vino, una vez fermentado, pasará al gran filtro y á los toneles por simple presion natural.

Todas estas instalaciones se están efectuando de exticta conformidad con los mas modernos y mejores sistemas de vinificacion, bajo las órdenes directas del mayordomo señor Próspero Renaux, que es un inteligente especialista de la materia, pues hace mas de veinticinco años que se dedica con entusiasmo y con entera contraccion á la viticultura y á la enología.

En Avignon, lugar de su nacimiento, el señor Renaux posee un establecimiento congénere que no desmerece al parangon de los mejores existentes en la tierra clásica de la vinificacion.

VI

Ya de noche, regresamos al castillo trayendo en la cabeza toda una colección de agradables impresiones y en el estómago el vacío casi pneumático, pues los aires de Piriápolis reunen las virtudes digestivas y tónicas de todos los aperitivos habidos y por haber.

Como un tropel de estudiantes traviesos, hicimos irrupcion clamorosa en nuestros aposentos para reparar con un poco de *toilette* los desperfectos acarreados á nuestra *mise* por el reciente paseo, mientras el amigo Sainz Rosas, que ocupaba el cuarto cabeza de la serie, acompañaba el manejo de los frasquitos de perfume-

ria con un conato musical, creo que á expensas de la *romanza*:

Se diventar potessi un usignuolo.

En esta tarea, nos sorprendió el anuncio, traído muy correctamente por un *garçon* de la casa, de que la comida estaba en la mesa.

Hay que advertir, una vez por todas, que don Francisco Piria, encarnando munificamente el *Leitmotiv* de que he hablado y que tiene su síntesis artística en la estatua de *Mercurio en descanso*, colocada en el centro del parque, ha concentrado en su castillo todo el *comfort* deseable, resolviendo triunfalmente el problema: vivir en pleno campo con todas las mas refinadas comodidades de la capital.

Por de pronto, su mansion, que está amueblada regiamente, posee una selecta colección de cuadros y de estatuas, como para proporcionar los goces elevados y serenos del arte; una escogida panoplia, en la cual las armas de caza están anchamente representadas, como para despertar veleidades venatorias hasta en el propio doctor Albarracin, clásico propagandista de la Sociedad protectora de animales que actúa en Buenos Aires; una buena biblioteca; los mas conocidos juegos de sociedad, inclusive un excelente billar, etc., etc.

Luego hay un servicio irreprechable, empezando por el de la cocina, cuya alta dirección está á cargo de un *cordon bleu* que es todo un especialista, de la escuela francesa, y que ejerce su mision con la dignidad de un apostolado.

Así, toda vez que don Francisco Piria, demorado por los quehaceres del establecimiento, llega á almorzar ó á comer con algun retardo, invariablemente le sale al paso su *cordon bleu*

quién, con cara severa y desolada al mismo tiempo, le dice: ¡Pero son estas, don Francisco, las horas de venir á comer!...¡Y su estómago!...¡Y su salud!.

Completa ese servicio una *cave* repleta de los mas exquisitos vinos de Europa, que ya empiezan á mantener relaciones de buena vecindad con los cosechados en Piriápolis.

Además, el alumbrado es á gas, á la espera de que se instale la luz eléctrica, lo cual, según todas probabilidades, se llevará á cabo en el invierno entrante, y una red telefónica pone en comunicación el castillo con todas las dependencias del establecimiento, inclusive la casilla del guarda-costa que vigila el puerto.

Cuando entramos en el comedor, lujoso salón amueblado al estilo medioeval, con grandes trofeos de armas colgando de las paredes, los dueños de casa y los demás comensales, esto es, el señor Renaux, su señorita hija y el señor Gilly, estaban ya reunidos, de manera que en el acto tomamos asiento al rededor de la mesa, con evidente satisfacción del pintor. Mas que se nos ha revelado una valiente *fourchette* y que, debido á los ya elogiados aires de Piriápolis, en aquellos momentos, según tengo entendido, se hallaba inhabilitado para distinguir un cuadro de Pradilla de otro de Fortuny.

El muy tunante había sido colocado entre dos señoritas, y desde los comienzos, para lograr el placer de verse servido por manos gentiles y abundantemente por añadidura, asumió un aire cándido y angelical de San Luis Gonzaga, rebosante de pudibunda cortedad. Toda su conversación se reducía á alabar los platos que más le gustaban con esta frase gráfica que ha sido el *c'ou* del buenhumor durante nuestra estadía en Piriápolis: *Tiene color*, pronunciada con

una uncion indescriptible y con un levantamiento de cejas hasta casi juntarlas con la raiz del cabello, maniobra que arrancaba sonoras carcajadas á los mas serios de nosotros.

La señorita Rina, hermana de la dueña de casa, que habia interpretado la frase en el recondito sentido que le daba su autor, en cuanto oia el *tiene color*, se apresuraba á suministrar porcion doble, lo cual llenaba de beatitud serifica la cara ó, mejor dicho, la careta de seminaria que para la circunstancia se habia puesto con notable desenvoltura el amigo Mas.

Conjuntamente con otros vinos, se nos sirvió el de Piriápolis, tipo Chianti, que se pondrá en venta en Montevideo á mediados de este mes y que yo no vacilo en proclamar desde ya como uno de los mejores vinos nacionales, así por el *bouquet* muy agradable, como por el grado alcohólico y por sus demás buenas calidades.

Al finalizar la comida, don Francisco Piria mandó destapar una botella de la cosecha de hace cinco años y su degustacion causó verdadero entusiasmo. Es un rubí muy diáfano, cuyo sabor oscila entre el Gattinara y el Bordeaux. Puede exhibirse como victorioso *echantillon* de la superioridad geológica y climatérica de Piriápolis para el cultivo de la vid.

VII

La mañana siguiente, dia de viernes santo, en el departamento destinado á los huéspedes hubo algarabía desde muy temprano, á pesar de que en la noche anterior la sobremesa se habia prolongado en amena conversacion hasta horas bastante avanzadas, y despues, una vez retirados á nuestros aposentos, los excursionistas habíamos estado de jarana un buen rato

más, con cuentos alegres y salpicados de pimienta de Cayena, en cuya rama el ingeniero Honoré se nos descubrió un *gourmet* de los mejores.

Juan Antonio Piria tocó la diana para anunciaros misteriosamente que Emilio Mas estaba levantado desde las cuatro de la madrugada, bajo el pretexto de estudiar el paisaje para el fresco que iba á pintar en la pared de la escalerilla principal del castillo, pero, en realidad, con el objeto de efectuar un pequeño ensayo de vendimia en el contiguo viñedo.

El rasgo típico fué festejado con ruidosas carcajadas y con la solemne proclamación, hecha por Sainz Rosas y ratificada por todos nosotros, de que la cosa *tenía color*; y la chacota subió de punto cuando apareció el amigo Mas, muy fresco y con la misma actitud seráfica de la noche anterior, manifestando que la cura de la uva es excelente contra todas las enfermedades del estómago.

Después de tomar café, que, dicho sea de paso, en el castillo de Piriápolis se sirve con un cortejo muy apetitoso de salchichón, de queso, de manteca, de dulce y de miel de abejas, procedente de las colmenas que se encuentran en los cerros de los alredores, don Francisco Piria nos condujo á recorrer el viñedo y á visitar *La Central*, conjunto de sólidos edificios de piedra, donde está instalado el núcleo principal de la peonada del establecimiento. Pero previamente nos armó de escopetas para que los aficionados á la caza pudieran hacer algún tiro, dado el caso de que se presentase la oportunidad.

Consta el viñedo, actualmente en plena producción, de 250 cuadras, cuyo número en el invierno entrante será elevado considerablemen-

te. Representan estas 250 cuadras un millon y doscientas mil cepas europeas aproximadamente, de las cuales más de la mitad está ingertada sobre pié americano.

Las variedades americanas porta-ingertos, híbridas franco-americanas y americanas, producto directo del establecimiento, son ciento treinta y siete, alcanzando el número de las plantas de las tres variedades á ciento veinte mil, más ó menos.

Las plantas ingertadas en viveros de uno y dos años son treinta y siete mil; las porta-ingerto reciné en *pepinière* exceden de quinientas mil.

Por fin, las variedades europeas pasan de cuatrocientas y están todas cuidadosamente catalogadas.

Es en un todo soberbio el golpe de vista que ofrece el gran viñedo, seccionado y cultivado con un esmero que le confiere el aspecto de un jardín, y es asombrosa la fecundidad de la mayor parte de las variedades que posee el establecimiento, pues en muchas parras, todavía muy jóvenes, hemos contado hasta cincuenta racimos de uva.

Luego, conceptuándolo de real interés y de utilidad para los ya numerosos viticultores del país, interrogué al mayordomo, señor Próspero Renaux, que, como he manifestado anteriormente, debe considerarse como una verdadera autoridad en viticultura y enología, sobre el estado intrínseco del viñedo de Piriápolis y también sobre el porvenir de esa importante rama de la agricultura en la República.

He aquí cómo se expresó ese caballero:

«Cuando me hice cargo de la dirección del establecimiento, van ya dos años y medio aproximadamente, encontré las líneas generales del

viñedo bastante buenas, pero sus detalles más importantes, alguno de ellos de carácter vital, sumamente descuidados.

«La variedad predominante era entonces la denominada Vidiella y lo demás se componía de Arriague y Cabernet.

«Mi obra desde luego se concretó á la organización, realizando de inmediato una economía de un treinta por ciento en los gastos del establecimiento, disciplinando y metodizando al personal y por fin buscando las variedades más aptas para ser cultivadas en el país, de mayor rendimiento y más resistentes á las enfermedades.

«Tuve la suerte de encontrar treinta especies excelentes, que reunen en grado notable las tres condiciones apetecidas que acabo de detallar, y las primeras de ellas las hallé en la espléndida colección que en esos mismos días el señor Píria había traído de Europa gastando en ella más de cien mil francos.

«Entre esas treinta especies figura, en primer término, la serie que hemos denominado *Fecunda Piriápolis*, la cual se compone de seis variedades completamente nuevas, obtenidas por hibridación de variedades americanas de la familia de las *rupestris* principalmente.

«Las *Fecundas Piriápolis* son en absoluto resistentes á la filoxera, á la peronóspora y á la puridié, que, como es sabido, es enfermedad endémica, cuyo elemento específico consiste en un hongo que ataca las raíces de la planta. Su hallazgo va á causar una verdadera revolución en la enología del país, así por la sencillez y facilidad de su cultivo, que no demanda gastos extraordinarios de ninguna especie, como por la calidad de su producto, pues no necesita otras clases de vino para el *coupage*.

«Mi plan ahora consiste en seleccionar rápidamente el viñedo hasta quedarme con cuarenta solas variedades, eliminando por completo la variedad Vidiella. Para ello dispongo de un vivero que contiene un millon de sarmientos, cuya cantidad reforzaré este invierno formando un segundo y no menos importante almácigo.

«Y este plan responde á la conviccion profundamente arraigada que tengo de que en Piriápolis, zona excelente para la viticultura, cincuenta cuadras de viñedo bien seleccionado deben dar el mismo rendimiento que darian quinientas cultivadas en forma primitiva y rutinaria.

«Por lo demás, estoy persuadido de que la viticultura en general tiene en el país un gran porvenir, porque tanto el terreno como el clima se prestan admirablemente á este cultivo y la operacion económica respectiva ofrece notables ventajas sobre Europa, por cuanto aquí el terreno, los animales de trabajo, el forraje, la mano de obra y los impuestos son más baratos que allá.

«El único inconveniente que he observado es la segunda fermentacion á que están expuestos los vinos del país; pero afortunadamente las variedades *Fecundas Piriápolis* se hallan en un todo libres de este peligro.

«En el invierno entrante plantaremos cincuenta hectáreas más en terreno previamente labrado con el gran arado zanjeador de que dispone el establecimiento y que llega á setenta y cinco centimetros de profundidad.»

VIII

Del viñedo, pasamos á *La Central* que, debido al dia feriado, pues el reglamento interno

á más dé los domingos, considera dias de descanso tambien año nuevo, viernes santo y Navidad, se hallata á esa hora en plena animacion.

Los peones iban y venían, ocupados en sus quehaceres particulares, conversaban reunidos en grupitos, fumaban casi todos cigarros italianos, aunque su mayoría se compone de elementos criollos que, bien organizados y despojados de sus costumbres materas y contemplativas, resultan muy buenos labradores.

La Central se compone de cuatro edificios que rodean un gran patio y en los que se alojan, entre capataces y peones, ciento veinte personas. A estas hay que agregar las familias instaladas en las varias casitas que blanquean de trecho en trecho todo al rededor, de manera que el personal del establecimiento no baja de ciento cincuenta hombres.

Esa gente está organizada en la siguiente forma: un grupo para la vendimia, otro para la bodega, otro de carreros, otro de aradores, otro de peones de albañil, y otro que trabaja en la cantera.

El de vendimiadores se compone de cincuenta hombres, repartidos en cinco cuadrillas: cuarenta y dos de ellos cortan las uvas, los demás las recogen en grandes canastos y las llevan á las tinas de los carros que las trasportan á la bodega. Hay cinco carros que trabajan en esa faena.

La cosecha del corriente año empezó el 16 de Marzo y sigue todavía mientras escribo estas líneas, oscilando entre 15 y 22 mil kilos diarios. Una vez concluida, el personal actualmente ocupado en ella se dedicará á la plantacion, á la poda y á los demás trabajos campestres.

Son admirables el orden que reina entre aque-

llos ciento cincuenta obreros del campo y el casi isocronismo con que todo procede en el establecimiento, pudiendo citarse como rasgo muy significativo la particularidad de que jamás ha ocurrido allá una riña que trascendiera á vías de hecho.

Don Francisco Piria trata á su gente con verdadera cordialidad democrática, sin salir nunca, ni cuando parecería que hubiese motivo, del clásico *ridendo castigat mores*, que se encuadra á las mil maravillas en su temperamento sarcástico; se mezcla de muy buenas ganas á sus reuniones festivas, haciendo esgrima de ocurrencias chistosas y de ese *esprit criollo* que, bajo el sabor agreste, tiéne toda la elegancia esbelta y elástica del florete europeo; escucha personalmente sus quejas; jamás rechaza á los que golpean á la tranquera de su propiedad pidiendo trabajo—pero es inflexible en exigir la estricta observancia del reglamento interno, redactado por él y pegado en las paredes de *La Central* como uno de esos edictos que los feudatarios de la edad media bandían á sus vasallos.

Consta dicho reglamento de cincuenta y ocho artículos y de una especie de lema que pinta a don Francisco Piria de cuerpo entero y que dice textualmente así:

«El patron da su dinero para que el peón le devuelva el equivalente en trabajo. Así como, vencido el mes, el patron debe pagar, es justo que, durante el mes, el peón trabaje.

«Aquel que no cumple con su deber y que, debiendo trabajar, hace sebo, roba á su patron. El peón que roba al patron será despedido del Establecimiento »

Las disposiciones contenidas en él son el fruto de larga experiencia y de inteligente observación practicadas sobre el trabajador en general y so-

bre el elemento criollo en particular, y á mas de marcar las funciones de cada unidad en la economía de aquella vida colectiva, como la mecánica fija el funcionamiento de cada pieza en el conjunto de una máquina, abarca tambien el terreno de la urbanidad y de la moral.

Como muestra muy expresiva, he aqui algunos de sus artículos:

«17—Cuando los encargados de cuadrilla ó de *La Central* deban hacer una amonestación á algún peón, lo llamarán aparte, observándole lo que crean necesario y con buenas maneras.

«28—Están absolutamente prohibidas las discusiones políticas sobre los partidos blanco y colorado. El que contravenga esta disposición será despedido en el acto.

«36—Queda prohibido todo juego de lucro en el Establecimiento. Si alguno contraviniere esta disposición, será denunciado á las autoridades para que le apliquen el castigo.

«41—Todo peón que se presente ebrio será despedido en el acto del Establecimiento.

«42—Es absolutamente prohibido proferir palabras soeces y aquel que, una vez amonestado, reincida será despedido.

«54—A todo peón que entre en el Establecimiento se le leerá este reglamento, significando con su ingreso que se compromete á cumplirlo en un todo.»

Las tareas del personal de *Piriápolis* reconocen como reguladores la campana y la bandera de *La Central*. A la primera campanada la gente se levanta, á la segunda sale á trabajar y al izarse la bandera interrumpe sus faenas.

En *La Central* hay el escritorio del establecimiento, el depósito de los comestibles, el horno donde se cocina pan todos los días y un almacén que expende vino, bebidas, cigarros, tabaco,

papel y fósforos. De los demás artículos la gente se surte ya en el cercano pueblito de Pan de Azúcar, ya á la llegada de los mercachifles que concurren á Piriápolis todos los domingos.

Por fin, en las inmediaciones hay la herrería y la carpintería del establecimiento, esta última á cargo de un vasco muy trabajador y muy ingenioso, cuyas habilidades enciclopédicas abarcan simultáneamente la construcción de muebles y la compostura de guitarras y acordeones, inclusive toda la múltiple y heteróclita serie de obras que caben entre estos dos extremos. Los peones italianos lo han bautizado con el apodo de *falsasquadra* y los franceses con el de *mascotte* por una pequeña asimetría que ofrecen sus hombros, sin que por esto aquella alma de Dios abandone la bondadosa sonrisa que lleva constantemente en los lábios ó disminuya su espíritu servicial con todo el mundo.

En la recorrida, de la cual acabo de dar cuenta, se nos fué toda la mañana sin que á ninguno de los expedicionarios se presentara la oportunidad de disparar un solo tiro.

En cambio, cazamos, y en grande, en el viñedo, catando sus múltiples variedades de uva y hasta probando, en el almacén de *La Central*, la *grappa* elaborada por el establecimiento.

Sin embargo, semejante cacería no concluyó de llenar las tendencias venatorias de Sainz Rosas, quien, separándose del grupo, se metió en el cercano monte de eucaliptus con la misma actitud que, sin duda, asumiría Tartarín cuando salió para su épica caza de leones.

Pero su ausencia no fué larga: á los pocos minutos reapareció con su bonito saco magiar un tanto ajado por las peripecias de aquella aventura y trayendo triunfalmente en la mano derecha.... un canasto de huevos que acababa de

comprar á un mercachifle, destiendolos á los cuatro cocktails piramidales, de ocho huevos cada uno, que se propina diariamente (histórico) para coadyuvar á los aires de Piriápolis en la obra reparadora de su descalabrada salud.

IX

Después del almuerzo y mientras todavía estábamos saboreando una copita del coñac elaborado en el propio castillo, don Francisco Piria puso en discusion la forma en que debiamos pasar la tarde.

Como en toda asamblea democrática, hubo en un principio discordancia de ideas: Sainz Rosas, que dia á dia se zambulle en las olas de la cercana playa de Piriápolis, propuso que fuéramos á pescar, utilizando el bote y los aparejos del guarda-costa; Juan Antonio Piria, que creyó vislumbrar en el fondo de esa órden del dia un mal disimulado objetivo utilitario, esto es, el de que el proponente no perdiera su baño, insinuó con mucha sorna que convenia más salir á cazar torcaces, fundándose primero en que hubiera sido deprimente volver á Montevideo con el morral vacío y luego en que por la tarde citalas palomas bajan á los cardales; el ingeniero Honoré quien, después de la gloriosa cacería efectuada en la mañana por Sainz Rosas, conceputaba que no habian quedado más laureles cosechables en este terreno, mocionó porque diéramos un paseito á caballo por los alrededores; Emilio Mas se excusó de intervenir en el debate porque habia resuelto quedarse en el castillo para empezar su proyectado fresco; y yo opté por una ascension al cerro Pan de Azúcar.

Sin embargo, don Francisco Piria logró uniformar esos diferentes pareceres decretando que

fuéramos á caballo y armados de escopetas al Pan de Azúcar, en cuya falda unos se entretenían cazando y los otros darian rienda suelta á sus aficiones alpinistas—quedando aplazada para el dia siguiente la excursion á la playa, tanto mas que el guarda-costa acababa de salir en bote para abastecer de pescado la cocina del castillo.

Mientras se enjaezaban los pingos, pasamos á nuestros aposentos, donde Sainz Rosas calzó sus elegantes botas de montar que tan coqueta-mente armonizaban con su precioso saco de magiar, al que daba todavia mayor realce una camisa sin almidonar, de cuadritos escoceses y con cuatro graciosas bolitas colgantes sobre la pechera; el ingeniero Honoré reemplazó sus botines con unas alpargatas que conceptúa absolutamente indispensables en toda ascension al-pina; y yo me puse un saco de brin tableteado y un gacho de *pique*, ambos de corte inglés, que me habian sido cortesmente brindados por don Francisco Piria, en atencion á que la propuesta de ascender al Pan de Azúcar habia sido formulada por mí, y á que en aquel paraje la espina de la cruz prospera muy lozanamente.

Un cuarto de hora mas tarde la comitiva emprendia muy alegremente el camino, constituyendo mi silueta ecuestre, en un petizo overo del que mis piernas colgaban hasta casi rozar el terreno con la punta de los piés, el resorte principal de la hilaridad.

Pan de Azúcar, cuya masa esfumada al través del velo ceniciente de la distancia, los habitantes de Punta Carretas suelen divisar, durante los dias muy diáfanos, en las lejanias del Este, figura entre las elevaciones mas encumbradas de la República con 420 metros de altura, sobre-pasándolo tan solo la Sierra de las Animas

con 540 y el Betete con 430, si debemos prestar fe á los cálculos practicados un tanto *grossos modo* por los confeccionadores de nuestros mapas.

Está situado al Norte de Piriápolis y se levanta en forma de cono de vertiente muy abrupta en sus costados meridional y occidental, interrumpida por una prominencia, que consiente la ascension relativamente descansada hasta la cumbre, solo en su costado oriental.

Su aspecto es imponente y ceñudo por los grandes blocks de granito, desnudos de toda vegetacion, que asoman de trecho en trecho en sus cuestas y que coronan su cacumen, algunos de ellos superpuestos en equilibrio aéreo, como la famosa piedra del Tandil, sobre otros menores.

En toda la zona que se descubre desde Piriápolis, Pan de Azúcar ofrece una flora raquíctica y enmarañada que, si se exceptúa alguno que otro canelon, no sale de las humildes proporciones del arbusto. La region de las palmas se halla en su costado septentrional.

Es de ese cerro que proceden las espléndidas muestras de granito que don Francisco Piria ha traído á Montevideo y que han despertado la admiracion de profanos y entendidos, por su grano compacto y por la hermosura del color y de la contextura que se revela á la pulimentacion. Allá hay una mina susceptible de abastecer de materiales nobles la construccion del puerto de Montevideo y de cuanto edificio se levante en las dos orillas del Plata durante muchos años.

El ingeniero Honoré, que cabalgaba á mi lado con donaire absolutamente caballeresco, no obstante la humildad de sus alpargatas, me venia suministrando, durante el trayecto, estas sus opiniones científicas acerca de la constitucion

geológica de dicho cerro, cuya falda estábamos ya pisando:

«Pan de Azúcar constituye el núcleo mas prominente y de mayores dimensiones de esta region y tiene la particularidad notable é importantísima para la industria del porvenir de que la cienita, de la cual se compone, se presenta con colosales *clivages* de enfriamiento en el sentido vertical, lo cual permite que puedan extraerse desde su base hasta su cumbre monolitos de todo espesor y toda extension, mediante el empleo de la cuña, con gran ventaja sobre el del barreno que es exigido por la roca viva y compacta de otros cerros »

La breve disertacion del ingeniero Honoré coincidió con el alto dado por don Francisco Piria, advirtiéndonos que á esa altura debiamos apearnos para comenzar la ascension con rumbo á unas grutas situadas á unos cincuenta metros aproximadamente arriba de nuestras cabezas.

Pero, frente aquella modesta empresa alpinista, Juan Antonio Piria y Sainz Rosas optaron por sacrificar á San Huberto y, empuñando sus escopetas, se metieron en la espesura del monte, inaugurando su caceria con matar á un inocente zorzal y á un impecable chingolo, á quienes, por lo visto, no alcanzaba la ley de amor y de mansedumbre sellada con su sangre por el nazareno en ese mismo dia de viernes santo, mil ochocientos noventa y nueve años atrás.

X

No vayan ustedes á creer que nuestra ascension haya sido alguna hazaña erizada de peligros ni mucho menos, aunque es inveterado

achaque de casi todos los viajeros el exhibirse ante los lectores embobados en posturas héroicamente coreográficas, ora orillando precipicios insondables con la misma fresca impasibilidad de un dandy que recorre las cómodas veredas de las calles centrales de la capital, ora teniendo que vérselas con tigres y leones, con la misma entereza de quien acomete una costilla á la milanesa con papas fritas.

Nuestra comitiva subió muy descansadamente, sin vislumbrar ni de lejos nada que tuviera el menor parentesco con el peligro, exponiendo solo nuestros trajes al albur de algún desgarrón al cruzar los matorrales poblados de espinas de la cruz.

El ingeniero Honoré que, gracias á sus alpargatas, abría la marcha con mucha agilidad, nos entretenía con interesantes noticias de botánica, ilustrando los ejemplares un tanto raros que encontraba á su paso.

Así llegamos al pie de una gran piedra que en su parte inferior, á la altura de la cabeza de un hombre, parece labrada ó, cuando menos, ofrece vestigios de frotamiento y también manchas de ocre, el color preferido por los charruas para pintarse la cara antes de entrar en pelea.

Después de una corta etapa, reanudamos la ascension hasta dar con las grutas arriba mencionadas, donde encontramos una variada colección de helechos y de claveles del aire, cuyas hojas puntiagudas y rizadas formaban en algunos puntos verdaderos festones colgantes de la bóveda granítica.

Aquello despertó en nuestro fondo el espíritu de piratería que dormita, mas ó menos achatado por la obra lenta y secular de la educación, en toda la humanidad y que, sin duda, será el obstá-

culo mas resistente con que tendrá que luchar el socialismo antes de plantar sus pabellones en la cumbre del triunfo. Hubiéramos querido apoderarnos de toda esa vegetacion rara y hermosa, sin parar mientes en que lo equitativo consistia en llevarnos solo algún ejemplar para que los excursionistas que vinieran despues de nosotros encontraran su lote de goce contemplativo y su parte de presa.

Afortunadamente, ni habia medio de cargar con todo aquello, ni las sombras del crepúsculo que empezaban á subir poco á poco desde la llanura consentian que prolongáramos nuestra estadia en las grutas.

Iniciamos, pues, la bajada contemplando el hermoso panorama que se abria hasta el océano ante nuestra mirada, mientras don Francisco Piria nos bosquejaba los proyectos que está madurando para la explotacion de su soberbio granito.

Era la hora crepuscular, tan propicia á la meditacion, porque el espíritu, ante el progresivo apagamiento de los colores y de las formas, se replega en sí mismo y recobra esa mayor sensibilidad psíquica que se denomina clarividencia, aturrullada hasta entonces por los complejos ruidos y por el tumultuoso kaleidoscopio del dia, y, bajo su influjo, mi cerebro, amulado por la palabra serena y persuasiva de nuestro interlocutor, se poblaba de la múltiple vision del porvenir.

Ante los ojos de mi inteligencia desfilaban numerosas cuadrillas de obreros contraidos á arrancar de las entrañas del cerro que estábamos pisando los grandes blocks de granito, que luego eran conducidos al puerto de Piriápolis y allá embarcados para Buenos Aires y Montevideo. Otra corriente de granito se dirigía á la

contigua ciudad balnearia, que acaba de delinearse don Francisco Piria, y que yo veia sumida en la fiebre de la construccion, surgiendo como por encanto en todos sus solares palacetes de estilo pompeyano, romano y moderno, *chalets*, miradorecitos y casas de azotea morisca, como para alzar á todo un pueblo cosmopolita, procedente de las dos capitales del Plata y concorde en elegir ese ameno paraje para retemplar, durante la estacion balnearia, sus energias desgastadas por las tareas comerciales, bursátiles, burocráticas etc., etc., de todo el año...

Mi vision esfumose cuando se nos incorporaron los dos compañeros que habian quedado al pie del cerro cazando y que, esto se comprende perfectamente, nos relataron las peripecias de su excursion venatoria. ¿Guardare discreta reserva, ó soltaré el secreto á los cuatro vientos de la publicidad?

La voz de un lector curioso: ¡Qué hable! ¡Qué hable!...

Pues bien: á pesar de un derroche bárbaro de cartuchos, el zorral y el chingolo ya mencionados fueron las dos únicas víctimas caidas bajo la fusilería de aquellos dos secuaces de Nembrod.

Ya á caballo, nos dirigimos á La Central para llenar el número de nuestro programa relativo al paseo, y caimos en plena reunion de pueblo piriapolense.

El almacén estaba atestado de vendimiadores, de carreros, de aradores, de albañiles y de picapiedreros, formando un conjunto cosmopolita, donde se oían el idioma español al lado de los idiomas francés y aleman, la chanza criolla cruzándose con la cuchufleta piemontesa y lombarda, la voz robusta de un vasco, viviente retrato de don Carlos, pidiendo una cuarta de vi-

no, y la risa socarrona de un napolitano que había simulado convidar á un compañero y acababa de echarse la copa llena entre pecho y espaldas.

Nuestra llegada no suspendió ni estorbó la parranda; por lo contrario, esta subió de punto por el contingente de chascarrillos y de salidas humorísticas con que don Francisco Piria se mezcló á la festiva reunión de sus trabajadores, quienes, en nada cortados por su carácter de patron, le rodeaban, en esa justa espiritual de ocurrencias, intentando inútilmente rendirle con la superioridad numérica, pues encontraban siempre la punta de su florete sarcástico, que muy flemáticamente paraba y andaba á fondo con una elástica rapidez que le hubiera envidiado un maestro de esgrima.

XI

Esa noche de viernes santo descolló de entre las demás de nuestra estadia en Píriápolis por un suceso semi-trágico que no estaba en el programa y que costó más de un escalofrío al amigo Mas.

Por lo que se refiere á mí, no haré como la mayor parte de los cronistas de excusiones, quienes, al relatar algun trance amargo, distribuyen el susto entre sus compañeros y exhiben la propia silueta imperturbable como la encarnación del *si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae*. También yo, lo confieso cándidamente, experimenté esa desagradable sensación que recorre la epidermis como un soplo sutil y helado, poniendo el vello de punta.

E! hecho, por lo demás, si tuviéramos que creer en las paparruchas supersticiosas, había sido presagiado y en forma muy transparente,

con algunas horas de anticipacion, pues la noche aquella, debido á la llegada de otro huésped, miembro del comercio montevideano, quien se había visto obligado, por no recuerdo qué per-
cance sobrevenido al caballo que montaba, á golpear á la puerta del castillo, nuestro número de comensales habia alcanzado el trece tan si-
niestro y tan de mal agüero.

Tredici a tavola y de viernes santo por añadi-
dura es todo lo que de más funesto y de más pa-
voroso puede concebir un creyente en la *jetto tura*.

Hechas estas premisas aclaratorias, paso á relatar el suceso con la mayor sobriedad y sen-
cillez de expresion para que ni los espíritus ex-
cesivamente suspicaces y desconfiados tengan
motivo de sospechar que exagero sus proporcio-
nes reales.

A horas bastante avanzadas, pues don Fran-
cisco Piria nos había entretenido, después de la
comida, con la interesante narracion de la acti-
tud clarovidente y acertada asumida por él du-
rante las últimas y descabelladas especulacio-
nes del doctor Emilio Reus, nos retiramos á
nuestros aposentos con el firme propósito de
acostarnos en seguida, porque nos hallábamos
un tanto fatigados con la actividad excursionis-
ta desplegada ese dia.

Mas, á quien el sueño hacia ya cabecer, se
estaba desnudando pausadamente, sentado en el
borde de su cama y hablándome, sin embargo,
aunque con voz de casi sonámbulo, de la com-
posicion que pensaba desarrollar en su fresco;
yo, en mangas de camisa y en babuchas, esta-
ba liando un cigarro, el último de la jornada,
como quien dijera el cigarro del estribo; y Sainz
Rosas iba y venía en su pieza, haciendo su *toi-
lette* nocturna, con el elegante esmero que pone
en todas sus cosas—cuando de repente apare-

ció el ingeniero Honoré, que se había separado momentos antes de nosotros por una diligencia personal, y, con voz ligeramente emocionada, nos dijo: —Allá afuera hay una vibora tamaña—acompañando el anuncio con un gesto de las manos abiertas y apartadas, como si midiera dos varas, cuando mēns, de género.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Mas, al oír aquello, con voz que recobró de pronto su acostumbrada sonoridad, como si despertara al choque de un empellon.—Y ¿será de la cruz ó de cascabel?

—Creo que de cascabel—contestó el ingeniero Honoré—pues me parece haber notado el sonido característico que despiden esta especie de viboras en su marcha.

—Entonces, de la clase más peligrosa —observó Sainz Rosas que acababa de juntarse con nosotros al oír aquella novedad.

—Vamos á verla—propuse yo, obedeciendo inconscientemente á mi idiosincrasia periodística, cuyo resorte capital estriba en la curiosidad.

Y en el acto nos dirigimos al portón de salida, Sainz Rosas, Mas y yo en mangas de camisa, el primero empuñando el candelero con la vela prendida para alumbrar la expedición y el último abrochándose nerviosamente los pantalones.

El ingeniero Honoré marchaba adelante en carácter de vaqueano, con evidente circunspección.

Antes que dobláramos la esquina del castillo, Mas reflexionó en voz alta que era prudente armarse de un palo, y, acompañando el pensamiento con la acción, recogió del suelo una lista de la madera amentada en ese paraje y consistente en fragmentos de los cajones en los que han llegado las estatuas del parque: una lista que tenía otro pedazo de madera atravesado y

clavado en uno de sus costados, y cuya forma oscilaba, por tanto, entre el martillo y la cruz.

Coincidíó ese apreste bélico con una ráfaga de viento la cual apagó la vela que llevaba Sainz Rosas, por cuya razon este amigo se apartó del grupo regresando á su cuarto, con el fin, segun creímos, de buscar los fósforos.

Nosotros seguimos adelante y así llegamos frente al costado occidental del castillo, en cuya vereda el ingeniero Honoré nos señaló algo que se movía lentamente, mientras la voz de Juan Antonio Piria que, sin duda, había estado hasta entonces en acecho del reptil, exclamaba:—¡Ahí, ahí anda!

La noche era bastante oscura, pero no tanto que nos impidiera divisar con cierta nitidez á una víbora enorme la cual, tendida en toda su longitud, se deslizaba despacito sobre las losas blancas de la vereda.

De los labios de Mas salió tan solo esta expresiva interjección criolla:—¡A la gran flauta! —Yo, menos comunicativo, me quedé asombrado ante las extraordinarias proporciones del bicho aquel, y recien abrí la boca para aconsejar al ingeniero Honoré que tuviera cuidado, cuando este amigo, levantando con gesto resuelto el pié derecho, hizo el ademán de que iba á pisarle la cabeza

Pero entonces ocurrió una cosa inaudita: la víbora, despues de detener un instante su marcha, como si comprendiera el peligro y reconcentrara todas sus energías para acometer una defensa desesperada, repentinamente enderezó su cabeza puntiaguda hacia nosotros, en el instante mismo en que Juan Antonio Piria, pasando circunspectamente á su lado, se juntaba á nuestro grupo, y enseguida echó á correr.

Ahí fué Troya: Emilio Mas, tirando su cruz ó martillo de palo, que le daba, en las sombras de la noche, la apariencia de una figura fantástica entre el mártir cristiano y el emblema del trabajo, encabezó la gran disparada del siglo ó, mejor dicho, *fin de siècle*, hasta el portalón del castillo... donde recien nos dimos cuenta de que la terrible vibor no era otra cosa que un grotesco pedazo de orillo, sujetlo á un hilo y muy habilmente manejado por Juan Antonio Piria.

Esa noche, las últimas palabras pronunciadas por Mas, antes de dormirse, fueron las de su expresion favorita, aplicada á la reciente broma:—¡Tiene color!

XII

El dia despues, fué tomando café que confecionamos el programa de la nueva jornada y quedó resuelto que dedicariamos la mañana á la ascension del Calvario, cerro situado al Este de Piriápolis, á continuacion del de los Toros, y bautizado así por don Francisco Piria por lo que diré más adelante, y la tarde á un paseo á la playa con baño respectivo.

Acto continuo, nos pusimos en marcha, por cuanto en el castillo no es solamente el *Mercurio en desc.nso* del parque el que tiene alas en los piés, sino tambien el tiempo, el cual se desliza suavemente en la contemplacion de los cuadros y de las estatuas, en la entretenida conversacion, y en el *inter pocula*, pues no en vano aquella es la region viticola por excelencia—y para los dos días de que yo podia aun disponer, quedaba todavía mucho digno de ser visto.

De paso, dimos una ojeada al gran molino á viento que sirve para triturar huesos para abonc, cortar leña, moler maiz y que, al propio tiem-

po, extrae del contiguo manantial y eleva á cuarenta metros de altura la columna de agua de dos pulgadas y media de espesor que alimenta el gran depósito para los gastos del castillo, la irrigación del parque y la de la cercana quinta.

Hay además en Piriápolis otros dos grandes molinos del mismo sistema, aunque de menor potencia, uno de los que abastece de agua La Central.

Nos metimos después entre las grandes hileras de los olivares, imponente plantío que constituye otro factor de prosperidad futura pero infalible y de largas proyecciones para el establecimiento, pues, en cuanto esos miles de arbólitos alcancen el tiempo de la fructificación, don Francisco Piria instalará un gran molino con los aparatos más modernos para moler las aceitunas y para suministrar aceite á todo el país—y el aceite, como se sabe, es producto mucho más noble y más valioso que el propio vino.

Tan es así que el invierno entrante seguirá el plantío de esta misma especie y en escala siempre mayor, disponiendo el establecimiento al efecto de un vivero que contiene grande cantidades de olivos ingertados.

Por fin empezamos la proyectada ascension.

Es el Calvario un cerro sumamente pintoresco, de poca elevación y de declive suave; su conjunto ofrece un aspecto rocoso, vestido á trechos por una vegetación todavía más raquílica que la observada en la vertiente meridional del Pan de Azúcar. La especialidad que abunda en él y que se ramifica en numerosas variedades es el cactus.

Encontramos allí ejemplares raros e interesantísimos, entre ellos uno teratológico muy curioso, que fué descubierto entre dos blocks de

cienita por la mirada aguda de don Francisco Piria, quien, de regreso al castillo, me lo hizo acondicionar en un cajoncito para que me lo llevara á Montevideo. Es un cactus de grandes dimensiones y cuya forma sugiere, con cierta aproximacion, la idea de dos tejas de cura, un tanto ajadas y reunidas por la copa. No tiene espinas; en cambio está revestido de una pelusa azul y aterciopelada.

El fundador de Piriápolis ha bautizado ese cerro con la denominacion de Calvario, en primer término por su aspecto hosco y en segundo lugar porque ha resuelto colocar en su cumbre una estatua del que predicó la mansedumbre y la fraternidad frente al coloso romano que se apoyaba en el derecho de la fuerza y cuyas águilas chorreaban sangre de los pueblos conquistados.

La estatua de que hablo se encuentra ya en el punto designado, todavía encerrada en el cajón dentro del cual fué traída de Europa, y en estos dias se levantará el gran basamento que le debe servir de gigantesco soporte, como para que pue la ser divisada desde una distancia bastante considerable.

Un rasgo excéntrico de don Francisco Piria:

Cuando recorre los cerros de su dominio semi-feudal, marca invariablemente su paso con una serie de pequeñas hogueras, en prender las cuales gasta todos los fósforos que lleva en el bolsillo y después los de sus acompañantes. La cosa había llamado mi atención durante el paseo del día anterior á Pan de Azucar, pero no me fijé mucho en ella suponiendo que se trataba de una pura casualidad incidental. Tuve empero que modificar mi criterio cuando la constante repetición del acto también durante la as-

cension del Calvario me hizo comprender que se trataba de un verdadero sistema. Y así es.

En cuanto descubre un puñado de pasto árido ó un manojo de ramas secas, se apresura á juntar todo el combustible que encuentra á su alcance y le pega fuego. Después se aparta tres ó cuatro pasos y se regocija con el espectáculo, primero de la columna de humo denso y turquí, y después con las llamaradas y con el chisporrotear de la hoguera.

Viendo aquello, una rendija de luz cruzó por fin mi cerebro y me apresuré á preguntarle:

—Digame, don Francisco, ¿de dónde es usted oriundo?

—Mis padres eran genoveses.

—¿Y sus abuelos ó tatarabuelos?

—Griegos.

—¡Ah!, caramba, ahora comprendo perfectamente.

—¿Qué es lo que comprende usted?

—Una de dos: ó que su apellido originariamente era Pira claro y redondo, ó que deriva en línea recta del vocablo *pir-pirós*, el cual en griego significa fuego. Y en ambos casos queda perfectamente explicada la tendencia que tiene usted por las fogatas.

Don Francisco Piria, como buen descendiente de griegos, sonrióse aticamente y luego me dijo:

—Está muy bien; pero usted no pone en la cuenta mi herencia genovesa, en virtud de la cual, si yo quemo la maleza, es para que del terreno abonado por la potasa broten esos pastos tiernos que engordan más pronto al ganado que se destina á las carneadas del establecimiento. Así mi clasicismo griego se armoniza perfectamente con mi positivismo ligure.

XIII

Todavia más interesante resultó la segunda parte del programa adoptado para ese dia y que abarcaba, como se recordará, un paseo al puerto de Piriápolis y un baño en aquella playa.

Tenía yo especial empeño por conocer dicha faz del establecimiento que, en mi modesta opinión, constituye la base capital de su prosperidad futura, por cuanto los medios de comunicación cómodos y baratos son el factor indispensable para el desarrollo de todo centro agrícola é industrial —y así la mejor carretera como la más módica linea ferroviaria no pueden competir en baratura, como es perfectamente conocido, con las vias fluviales y marítimas.

Deseaba, pues, darme cuenta exacta y detallada de las comodidades de acceso á la playa que ofrece el terreno despues de las obras practicadas por don Francisco Piria, y de las condiciones de profundidad y de abrigo que posee la ensenada.

Salimos á caballo, apenas concluido el almuerzo, dirigiéndonos hacia el Sur, al través de la zona oriental de Piriápolis, para recorrer al propio tiempo las grandes plantaciones de eucaliptus, acacias, pinus, etc., realizadas con el doble objetivo de resguardar el viñedo del pampero, que es el único viento dominante en esa region, como demostraré oportunamente, y de constituir un importante núcleo florestal para las necesidades del establecimiento y de la futura ciudad balnearia.

Como en el paseo á caballo del dia anterior, el amigo Mas no quiso acompañarnos porque deseaba dedicar la tarde á su fresco, el cual ya empezaba á salir del estado inicial y caótico de simple bosquejo, revelando las líneas y los colo-

res de un paisaje entonado en el motivo rocoso que predomina en los alrededores del castillo.

Pero, antes de que yo fuera á juntarme con los compañeros de excursion, quienes habían ido á buscar á los caballos, Mas acercó misteriosamente sus labios á mis oídos y, con voz tierna y apagada que parecía la quinta esencia fonética de la dulzura, destiló en mi pabellón auricular estas palabras:—¿Quiere usted, mi amigo, darle un besito á la *ñata*, antes de emprender su paseo?

Al oír aquella nebulosa propuesta, creo que mi cara asumió el perfil asombrado y perplejo de un punto de interrogacion, pues, en seguida, levantando las cejas del modo hiperbólico acostumbrado, Mas echó á reir y simultáneamente sacó de bajo de la falda del saco, donde la tenía escondida, una botella de coñac Piriápolis y me la brindó, acompañando el acto con un ademan de suprema adoracion casi hierática.

Está por demás agregar que yo festejé con igual cordialidad así la salida humorística del amigo como á *la ñata*, y por poco el líquido no se me atraganta al escuchar, mientras empinaba el codo, esta agregacion aclaratoria de lo dicho anteriormente:

—Es un cortés obsequio del señor Próspero Renaux, á quien Juan Antonio Piria ha confiado que mis pinceles tienen la mala maña de moverse muy despacio toda vez que no se adopta la precaucion de untarlos con coñac. ¿No es verdad que la cosa tiene color?

Al poco rato nuestra comitiva estaba en marcha, encabezada, como siempre, por el infatigable don Francisco Piria.

Desde el camino que acabábamos de tomar, nuestra mirada abarcaba con mucha nitidez todo el gran viñedo hasta sus más pequeños detalles.

y entonces nos dimos cuenta, con mayor exactitud que en los días anteriores, de la importancia que tiene, tanto en la esencia de su magnitud, como en su utilidad práctica, el sistema de zanjas cavadas en los costados de los varios cuadros de aquel gigantesco damero.

Antes que se efectuara esa obra, las copiosas lluvias, al bajar de los cerros circunstantes con la extraordinaria violencia que se comprende, determinaban grandes arrastres de tierra causando verdaderos destrozos en las primitivas plantaciones del establecimiento.

Aquello costó más de diez mil pesos, pero el serio inconveniente quedó eliminado por completo, y además, actuando las zanjas como un eficaz drenaje permanente, el terreno del viñedo adquirió ese estado de sequedad que aumenta las buenas calidades de la cosecha para la vinificación.

Observamos también que todas las secciones del establecimiento están perfectamente alambradas y munidas de tranqueras, las que se cierran cuidadosamente por el personal, de conformidad con lo dispuesto por el artículo 50 del reglamento interno que conmina con una multa de veinte centésimos a todo empleado que deje abierta una portera. Las que dan a los caminos principales tienen además su respectivo candado, cuyas llaves están confiadas a los capataces.

Como se vé, el orden y la buena organización reinan soberanamente hasta en los pormenores más secundarios de aquel establecimiento modelo.

Al cabo de media hora de trotecito, entramos en la región forestal, donde verdea la imponente masa de más de dos millones de plantas entre eucaliptus, acacias, pinos, etc

Las sendas que recorrimos por entre el espesor de aquella vegetacion lozana son muy variadas y todas ellas sumamente pintorescas. Hay trechos donde la sombra se torna casi penumbra permanente y donde la luz del dia brilla muy lejos, como si ojeara por las rendijas de una vasta gruta.

Cruzamos tambien por una zona donde se ven algunos miles de eucaliptus talados por un incendio, y muchas de cuyas raices, debido á la excelente calidad del terreno, estan retoñando con extraordinaria energia.

Es aquello, segun todas probabilidades, uno de los tantos gajos malditos de la guerra civil, pues durante la ultima revolucion acampó allí una fuerza del gobierno de Borda y un dia, sin que se supiera como ni por culpa de quién, estalló el incendio aludido.

La region forestal, que abarca una extension de diez cuadras por treinta, llega hasta la playa, donde se han hecho plantaciones tambien de *pinus maritima*, la preciosa especie que constituye el mas valioso abrigo contra los mismos vientos huracanados, que proporciona valiosa madera y trementina, que hermosea e higieniza con sus salutiferas emanaciones el paisaje.

Para el trasplante de este invierno, don Francisco Piria tiene en sus viveros cien mil árboles mas, debiendo los trabajos respectivos comenzar á fines del mes entrante.

Así Piriápolis, tambien en este terreno, da el buen ejemplo a la campana que hasta ahora, con muy pocas excepciones, arrastrada por la codicia del lucro inmediato, ha arrasado numerosos montes, sin tomarse el trabajo de reponer un solo árbol, y sin parar mientes siquiera en los graves perjuicios que acarrea al pais esa devastacion torpe y vandálica.

Y á propósito: ¿no le parece al señor Ministro de Fomento que aquí haría falta una ley forestal, cortada por el estilo de las que rigen en Europa y especialmente en Alemania?

XIV

En un rincón del bosque, de que acabo de hablar, y en las proximidades de la playa, está situado el *puesto viejo*, conjunto de ranchos que don Francisco Piria levantó, en seguida de tomar posesión de su propiedad, para vivienda de sus primeros trabajadores.

El puesto viejo está ocupado en la actualidad por un italiano que tiene el encargo de cuidar las recientes plantaciones, desempeñando á la vez las funciones de guarda-bosques.

Vive allá á sus anchas, con su muy preclírica compañera y con un enjambre de muchachos, cultivando tambien, para su provecho particular, un pedazo de terreno, contiguo á los ranchos, donde vimos hortalizas de varias especies y un buen zapallar.

Al oír las pisadas de nuestros caballos, el hombre asomó su enjuta silueta, de cara apergaminada pero de expresión muy picaresca, á la que daban marcado realce dos ojos pequeños y vivos como dos granos de pimienta y una nariz aguileña como pico de ave de rapiña—su silueta enjuta que, encuadrada en el oscuro marco de la puerta, parecía uno de esos cuadritos vigorosos de la escuela flamenca.

Saludó á don Francisco Piria con evidente cariño y despues, contestando á las preguntas que aquél le dirigía en italiano sobre el estado de su salud y sobre cómo marchaban el zapallar y las demás hortalizas, se desbordó en una gran verbosidad, subrayada á intervalos por ruidos s

carcajadas y por ademanes rígidos, casi leñosos, de ambos brazos, lo cual le daba el aspecto de un maniquí movido por ocultos cordelitos.

Media docena de niños chicos, el mayor no tendría arriba de siete años, jugaban, unos sentados y otros tendidos, en el suelo, y después de mirar aquellas seis cabezas rapadas, por una inexplicable asociación de ideas, la vista iba irresistiblemente al zapallar, como en busca de extrañas analogías.

Al poco rato se abrió la puertecita de otro rancho, que, por lo visto, funcionaba de dormitorio de la pequeña colonia, y apareció la *mujer no odo abilis*, joh nol, de aquella manada de minúsculos labradores piriapolenses. Tengan mis corteses lectores la amabilidad de figurarse algo así como media mujer, de cabeza redonda y bigotuda, con un pañuelo de colores atado como una venda en torno de la frente,—y tendrán una idea muy aproximada del nuevo personaje que apareció en el escenario, desperezándose muy rudamente, como si saliera de entre bastidores en el papel de una enana que acaba de despertar.

Dijo, entre muecas que pretendían resultar actitudes graciosamente atrayentes, que como una hora antes se había acostado con mucho dolor de cabeza; y luego, ante alguna que otra cuchufleta soltada por don Francisco Piria sobre la conveniencia de que vigilara á aquel tunante de su esposo, porque visitaba con harta frecuencia el cercano pueblo de Pan de Azúcar, se tapó con una mano la cara como si se ruborizase, y con la otra abierta y extendida amenazó bromeando á su hombre, quien sonrióse con una superioridad sultanesca que le hubiera envidiado el mismo Don Juan en persona.

Del puesto viejo enderezamos la marcha á la playa, cuya proximidad se anunció poco despues por la naturaleza siempre más arenosa del terreno que estábamos pisando y por las agudas exhalaciones salitrosas que comenzaban á flotar en el aire.

A esa altura nos metimos en el camino que atravesia longitudinalmente todo Piriápolis de Norte á Sur y que empalma en el que conduce al pueblito de Pan de Azúcar: camino que en ese punto tiene forma de sólida calzada, pues anteriormente aquello era un peligroso tembladeral, seco y firme ahora merced al sistema de zanjas de que he hablado hace poco.

Asi, el acceso al puerto resulta facil, llano y hasta ameno, por cuanto dicho camino, muy ancho y exento casi completamente de repechos, está flanqueado por dos hileras de árboles que poco á poco constituirán una imponente alameda como para resguardar á los transeuntes de los soles estivales.

Por allí, el dia en que tomen impulso adecuado la ciudad balnearia, la explotacion del grano y el comercio de los vinos de Piriápolis, podrá construirse, con gastos muy reducidos, pues no se necesita ninguna obra de arte, ni tampoco la mas modesta alcantarilla, un ferrocarril que pondrá en rápida y directa comunicacion con el muelle la ciudad susodicha, las canteras del cerro Pan de Azúcar y la bodega á la vez.

- Entretanto, mientras no llegue ese dia, don Francisco Piria organizará, desde el verano próximo, un servicio de ómnibus á lo largo de ese mismo camino, para la locomoción barata y cómoda de los bañistas - como diré, con mayor abundancia de detalles, mas adelante.

Siguiendo nuestra marcha y ya en las inmediaciones de la playa, divisamos á nuestra dere-

cha y á nuestra izquierda una serie de monticulos artificiales, con todas las características de los análogos que se encuentran á intervalos en la costa de los departamentos de Maldonado y de Rocha y que han atraido vivamente la atención de los viajeros entendidos de paleontología indígena.

Como es notorio, hay motivos para sospechar fundamentalmente que se trate de montículos tumulares, bajo los cuales los charrúas enterraban á sus deudos, y ahora, si las excavaciones que se practicarán oportunamente justifican la presunción del ingeniero Honoré, esta sospecha va á resultar plenamente ratificada por los hechos. En efecto, á los dos días de regresar yo á Montevideo, don Francisco Piria descubrió en uno de dichos montículos una pequeña pavimentación de piedras toscamente labradas, ocupando un área redonda, como de dos metros de diámetro. El ingeniero Honoré está convencido de que se trata de una tumba charrúa, y ha resuelto invitar á los miembros del próximo Congreso Latino-Americano para que presencien su apertura.

Sin embargo, parece tambien fuera de duda que al mismo tiempo esos montículos eran algo así como talleres donde los charrúas labraban puntas de pedernal para sus flechas, globos de granito para sus boleadoras, morteros para moler el ocre, etc., pues allá hay muchos fragmentos que indican muy á las claras que proceden de esa primitiva manufactura, y además, de vez en cuando, se encuentra alguno que otro de los mencionados objetos, perfectamente concluido, como nos pasó á nosotros la tarde del dia despues, en la segunda excursion que hicimos á aquel paraje.

XV

El puerto de Piriápolis, que desde esos montículos se abarca en toda su extensión, tiene exactamente la forma de una media luna, en cuyos cuernos occidental y oriental se levantan los cerros del Inglés y de los Burros, que dan nombre á las puntas respectivas. Dichos cerros, conjuntamente con el de los Toros y con la altiplanicie en la cual está delineada la ciudad balnearia, constituyen un gran marco que encierra dentro de un ambiente de profunda quietud toda la playa, confiriéndole el aspecto de un enorme anfiteatro abocado al imponente escenario del océano.

No creo que ningún punto de la costa del Este pueda competir con la ensenada de Piriápolis en la amenidad del paisaje que aquí tiene encantos deliciosos, pues el motivo agreste, multicorde y festivo de la montaña se funde armónicamente con la vasta y sublime sinfonía del mar.

Hay que ver una puesta de sol en ese paraje para darse cuenta de la infinita variedad de cuadros que la diversa proyección de la luz solar y lunar, las diferentes fases de las estaciones y la movilidad proteiforme del océano deben ofrecer á la mirada del artista.

Cuando nosotros desembocamos en la playa, el gran disco solar, como un enorme escudo incandescente, rozaba casi la cumbre rígida y ceñuda del cerro de los Burros y envolvía en la púrpura de sus últimos rayos el cacúmen del opuesto cerro del Inglés, mientras del mar subía, poco á poco, flotando, el velo, cada vez más intenso, de la hora crepuscular. Recuerdo también que en el fondo violáceo del oriente se perfilaban, con mucho vigor de contornos en ese juego de sombras y de luces, la costa del cerro

del Inglés, que por aquel lado cae á pique sobre el mar, la casilla del guarda-costa y el contiguo muelle de desembarque.

Un inteligente marino de mi relacion y muy conocedor de la costa del Este, me proporciona los siguientes informes náuticos acerca de las notables condiciones de abrigo y de profundidad que reune el puerto de Piriápolis:

«El puerto de Piriápolis, conocido hasta hace poco bajo la denominacion de puerto del Inglés, es una ensenada que se encuentra al doblar la Punta Negra hacia el N.O. La limita un promontorio de piedra llamado de La Sierra ó punta de los Burros, el cual forma con la punta del Iman un abra de dos millas y media.

«Esta ensenada, que es de playa limpia, se conocía hasta hace poco bajo la denominacion de puerto del Inglés, desde que los buques ingleses, que se dedicaban exclusivamente al tráfico de negros con Buenos Aires, en su viaje de retorno hacían escala en ella para cargar cueros, á cuyo efecto se había construido allá un pequeño muelle, que nada tiene que ver con el actual.

«El puerto de Piriápolis ofrece abrigo de los vientos del primer cuadrante y tambien del segundo, á condicion de arrimarse suficientemente á la costa. En su orilla, que es de arena fina y compacta, hay de 5 á 7 metros de agua. A 1.600 metros de ella pueden anclar los mayores buques actualmente á flote en el globo, por cuanto los cinco metros y medio de agua (18 piés), que se sondan en la punta del muelle, van en rápido aumento hacia afuera, hasta llegar á 12 y 13 metros á una distancia de 2,000 del referido muelle.

«Está expuesto tan solo á los vientos del tercer cuadrante (pamperos).»

Como se vé, Piriápolis posee un puerto natural de los mejores que, á no dudarlo, será un poderoso factor de su rápido desenvolvimiento y de su prosperidad. A su muelle, en efecto, pueden atracar buques de un calado relativamente considerable y, para que el abrigo que ofrece sea completo, bastará oponer al pampero uno de esos rompeolas flotantes que se están empleando con éxito en varios países y que tienen además la ventaja de no perturbar de un modo sensible el régimen de las corrientes, base fundamental de la conservación de los fondos.

Tambien el muelle de Piriápolis, ó, mejor dicho, su crónica, lleva el sello de las contrariedades que azotaron despiadadamente los comienzos de la obra de don Francisco Piria y que, sin embargo, fueron dominadas por su temple indomable y por su firme constancia.

El buque que traia el material necesario para la construcción, sorprendido por una violenta tempestad antes de llegar á su destino, tuvo que embicar en la costa perdiendo toda su carga.

Hubo, pues, que apelar á la santa paciencia y comenzar de nuevo.

Por lo demás, las grandes profundidades consignadas en los informes del marino aludido, están ubicadas en el costado oriental de la ensenada. En su parte central, la playa degradada suavemente, con un declive muy parecido al de los Focitos y de la Playa Ramírez y está formada de pura arena muy fina y casi aterciopelada.

Este dato no se funda en referencias ajenas; es el resultado de mi observación personal porque, al llegar casi al borde de la orilla, Sainz Rosas, Juan Antonio Piria y yo echamos pie á tierra, nos desnudamos rápidamente y nos regalamos con un baño que, después de las grandes correrías efectuadas á pie y á caballo y de la

inevitabile y respectiva cosecha de polvo, resultó el *apex ineffabilis* de la delicia.

¡Oh la linda playa suave como una alfombra de Smirna! ¡Oh la preciosa agua cristalina, mansa é intensamente saturada de salitre!

En esa *mise adamítica* en que se bañaban los charrúas que levantaron los contiguos montículos tumulares, y quizás en el mismo paraje en que se zambulleron los récios y valientes caciques Zapican y Abayubá, cuyas tribus, segun afirman algunos historiadores, avistaron las primeras naves de Juan Diaz de Solis desde las costas de Maldonado, estuvimos nadando, revolcándonos y chapoteando más de un cuarto de hora.

Es allá donde este invierno don Francisco Piriá levantará un establecimiento balneario, el cual se inaugurará á principios del verano entrante, conjuntamente con los grandes remates de terrenos en la ciudad balnearia.

No hay porque agregar que el proyecto, dirigido por un hombre tan práctico, tan activo y que no ha escollado en la realizacion de ninguna de sus iniciativas, se llevará á la práctica con grande amplitud y será coronado de éxito completo.

Entra en el plan tambien la construccion de dos hoteles, uno frente al establecimiento de baños y otro situado en la misma ciudad balnearia, dejando á los bañistas la elección del que más les guste y mejor les convenga.

Va sans dire que los vapores de la carrera llegarán entonces hasta el puerto de Piriápolis.

XVI

Y ahora, con la venia de los corteses lectores que han tenido la amabilidad de seguir hasta

aquí el desarrollo de estos humildes *Reisebilder*, me voy á permitir el lujo de una breve digresion, algo así como un muy corto *intermezzo*, para contestar, antes de escribir las notas finales, á algunas voces insectiles que, si no es pura ilusion de mi fantasía, me vienen zumbando, desde hace varios capitulitos á esta parte, en los oídos.

Una de ellas, un tanto ronca y con ciertas inflexiones secas y ásperas que parecen el crujido metálico de los cerrajes de una caja fuerte, rezonga:—¡Bonito modo de manejar la plata enterrando cientos de miles de pesos en un rincón de la campaña, cuando el dinero, bien empleado, bajo los arcos de la Pasiva y sin dolores de cabeza, produce el diez ó el doce por ciento mensual! ¡Vaya una locura, merecedora de ser alabada con semejante derroche de tinta!

Otra, que es voz más fresca y que vibra casi amacándose en la tonadita de una cantilena, observa con un dejo marcadamente campesino: --¡Pura música celestial! Yo, es cierto, no entiendo papa de estas cosas, pero me parece que lo más positivo es no salir de las vaquitas y de las ovejitas que nos dan la carne para comer, la lana para vestirnos y el cuero para calzarnos.

Y otra, muy melosa y muy reposada, silogiza en esta forma:—Todo lo dicho es merecidísimo; sin embargo, si profundizamos el asunto, encontraremos que Piriano da puntada sin nudo y que de Piriapolis va á sacar el doscientos por ciento de ganancia, cuando menos. Además, si sus negocios marchan bien, esto no es debido solamente á su actividad y á su inteligencia, sino tambien, y muy principalmente, á la suerte bárbara que le asiste.

Por fin, una voz de tono campeñudo, con muchas infusas y que habla desde arriba de unos

zancos confeccionados penosamente con astillas de erudicion postiza y con abundante petulancia, deja en paz al fundador de Piriápolis y la emprende conmigo porque, dice, he ensartado tanto garabato deforme al rededor de un asunto banal y que no puede interesar ni lejanamente á los *superhombres* de su fenomenal cerebracion.

A todas esas voces contesto:

No hay la menor duda de que, si don Francisco Piria, en vez de fundar Piriápolis, hubiese colocado los cuatrocientos y tantos miles de pesos, que le cuesta hasta la fecha aquella propiedad, en préstamos al diez y doce de interés mensual, hubiera conseguido mucho mayor provecho y se hubiera ahorrado muchos dolores de cabeza. Pero, á Dios gracias, no todos nacemos con la *bosse* del usurero.

No hay la menor duda tampoco de que las vaquitas y las ovejitas necesitan muy escasos cuidados y consienten al patron mucho gasto de mate, mucho juego á la taba y mucha guitarra. Pero tambien el inmovilizar al pais dentro del periodo ganadero, significa atarlo á la roca de la edad de la piedra, mientras las demás naciones sud-americanas proceden rápidamente en el camino del progreso.

Evidentemente, pues, las dos primeras observaciones son de todo punto descabelladas.

Sin embargo, todavia mas ridícula es la tercera, por cuanto entraña la grotesca pretension de que Piria debería realizar la enorme suma de trabajo que representa Piriápolis, sin provecho propicio, so pena de que quede anulado todo mérito por el valioso coeficiente de adelanto que aporta á los intereses generales.

Enunciar y refutar esta excéntrica teoria es la misma é idéntica cosa.

Y tambien se refuta de por si sola la afirmacion de que los éxitos de Piria son debidos á su buena fortuna, toda vez que se tengan presentes las numerosas contrariedades amontonadas al travérs de su camino por las autoridades de las administraciones públicas anteriores y por la fatalidad, contrariedades todas ellas dominadas por su energía y por su constancia.

Pero es muy vieja maña de los ineptos el achacar sus propios errores y sus propios fracasos á la adversidad, y el atribuir á la fortuna las victorias agenes.

Quedaria ahora por contestar la olímpica amonestacion del Aristarco zancudo, y yo podria hacerlo con fundadas esperanzas de *agarrarle para la butifarra*, segun reza el muy expresivo argot criollo. Sin embargo, dejando de lado al hombre de la fenomenal cerebracion, prefiero limitarme á pocas palabras muy llanas, dirigidas únicamente á los corteses lectores que han tenido la amabilidad de acompañarme hasta aquí.

Estas *notas de viaje* no son para los *superhombres*, son para las personas sencillas, nacionales ó extranjeras, que se interesan por los adelantos del país.

Intimamente convencido de que Piriápolis constituye un importante jalon plantado en la senda del progreso por un solo ciudadano y en tiempos calamitosos, quise bosquejar detalladamente esa obra, en primer término para que la legítima alabanza fluyera sobre su autor, y en segundo lugar para que la fecunda virtud del ejemplo tuviera mayores proyecciones, cundiendo en alas de la prensa.

Si logro alcanzar ambos objetivos, aun á costa de aburrir un tanto á los corteses lectores, podré muy satisfecho saludar al Aristarco aquel

colocando el pulgar de mi mano derecha sobre la punta de mis narices y agitando los demás dedos abiertos y estirados en el aire.

XVII

Volviendo á mis cominos, doy una ojeada á mi *carnet* de viaje para reanudar el hilo del relato y encuentro esta curiosa anotacion: «La mañana del domingo de Pascua Sainz Rosas descubre en Emilio Mas una preciosa habilidad y festeja el gran acontecimiento tomando un cocktail gargantuesco, de la fuerza de una docena de huevos.»

El hecho, lo recuerdo perfectamente, pasó en esta forma:

Sainz Rosas estaba desesperado porque su barba, sin afeitar desde que había salido de Montevideo, empezaba á cubrirle la cara de unas matas absolutamente silvestres que le daban el aspecto de un enfermo ó de un descamisado, según se le miraba de frente ó de perfil —y en todos aquellos alrededores, á distancia de una legua y pico, sus afanosas pesquisas no habían podido descubrir ni un miserable embrion de secuaz de Figaro.

El grave contratiempo — gravísimo para un *dandy* que acostumbra afeitarse invariablemente todas las mañanas—estaba avinagrando su espíritu bondadoso, pues ya, mirándose en el espejo veinte veces por dia, se preguntaba con horror:—Pero ¿será posible que yo tenga que presentarme ante las señoras de la casa con esta cara de recien salido del Hospital de Caridad?

Por fin Dios se apiadó de sus padecimientos y le deparó á un libertador en la persona de Emilio Mas, porque, habiendo Sainz Rosas, la maña-

na del domingo de Pascua, desahogado sus cuitas en el corazon de aquel amigo, el jóven pintor español le dijo con mucha naturalidad, pero no sin un pequeño levantamiento de cejas:—Hombre, yo me ofrezco de muy buenas ganas para sacarle de apuros, pues sé manejar la navaja tanto como los pinceles y traigo en mi bagaje una muy buena. Además, para que usted tenga confianza en mis manos, le agregaré que mi padre tenía barbería en Valencia, donde yo me he criado, con lo cual todo está dicho.

En efecto, la delicada operacion se llevó á cabo *ipso facto* y en guisa tan satisfactoria que Sainz Rosas, profundamente emocionado y agradecido, quiso abrazar y besar á su salvador, el cual, para sujetar ese desborde de ternura que, en su concepto, tenía color demasiado subido, se vió en la necesidad de amenazar á su parroquiano con la navaja todavía enjabonada.

Aquella misma mañana el ingeniero Honoré y yo efectuamos nuestra última ascension, que fué hasta la cumbre del cerro de los Gigantes, Juan Antonio Piria y Sainz Rosas salieron á cazar, Mas volvió á su fresco y don Francisco Piria, despues de suministrar á Honoré y á mí los utensilios para herborizar y algunas indicaciones acerca de las sendas más accesibles que convenia elejir, se fué á La Central para atender á ciertos quehaceres urgentes del establecimiento.

El cerro de los Gigantes se levanta al Norte de Piriápolis, á pocas cuadras del castillo y está separado del de Pan de Azúcar por un pequeño valle. Su aspecto es de los más abruptos, por los grandes blocks de granito escalonados en sus faldas y parados en su vértice. Tendrá unos doscientos metros de altura aproximadamente, esto es, una vez y media la del Cerro de Montevideo.

Alcanzamos la cumbre despues de una hora de camino, muy entretenidos con las plantas relativamente raras que encontrábamos á nuestro paso, entre ellas algunas variedades de helechos aromáticos y de hojas menudas que no se hallan tan fácilmente en las casas de plantas que hay en Montevideo.

Pero el verdadero regalo de nuestra excursion fué el hermoso y dilatado panorama que dominamos desde la cumbre, donde nos tendimos en pleno sol, aspirando deliciosamente el aire purísimo que la brisa meridional nos traía del océano.

El espectáculo es soberbio: al Sur, la mirada abarca todo el establecimiento de Piriápolis con la misma facilidad de comprension que puede ofrecer una vista fotográfica examinada al través de un vidrio de aumento; al Norte, despues de detenerse en los techos del pueblito de Pan de Azúcar, recorre una gran zona ondulada y arabescada por pequeños cursos fluviales, hasta dar con la lejana sierra de Carapé que corta el horizonte con su tenue perfil opalino; y al oriente, divisa el espejo de la laguna del Potrero, que despidé reflejos bajo los rayos solares, las dunaslijeramente pajizas de Maldonado y la costa esbelta y sutil que franjea con su caprichoso juego de cerros, de promontorios y de ensenadas el amplio cobalto del mar hasta Punta del Este.

Despues de gozar un buen rato de aquella encantadora perspectiva, se me ocurrió decirle al ingeniero Honoré:—Relata San Lucas en su Evangélic, como usted sabe perfectamente, que un día el diablo llevó á Jesús á un alto monte y, mostrándole todos los reinos de la tierra, le ofreció donárselos ante escribano público, con tal de que le hiciera el pequeño servicio de adorarle—de lo cual se desprende una de dos: ó

que el diablo aquél era un muy pobre diablo, pues ignoraba que la redondez de la tierra no le consentía mostrar en bulto todos los reinos existentes en ella; ó que el bueno de San Lucas, mirando fijamente el cielo, había perdido de vista la tierra y su respectiva forma de naranja. Pero usted, amigo Honoré, que, aunque haga frecuentes correrías en el mundo sideral y especialmente en la esfera solar, conoce bien la constitución geológica de nuestro planeta, hágame el gusto de proporcionarme algún dato sobre este cerro, como hizo ya con el de Pan de Azúcar, y hable despacio porque voy á apuntar en mi cartera su disertación á doscientos metros sobre el nivel del mar.

Hé aquí ahora textualmente lo dicho entonces por el ingeniero Honoré:

«El cerro de los Gigantes está formado por una erupción cienítica, paralela á otra erupción basáltica, la cual se manifiesta en grandes *dyks*. La primera es análoga á la de La Paz y la segunda es igual á la del departamento del Durazno.

«Bajo forma de pedregullo, el basalto domina en todo el viñedo de Piriápolis, y, como entre las varias sustancias que contiene—silice, alúmina, cal y manganesa—se encuentra también la potasa, que es el alimento principal de la parra, resulta que la constitución geológica de esta zona es muy apta para la viticultura.

«Por esta misma razón, en las regiones basálticas de Italia y de Francia la vid prospera admirablemente....»

—Tan es así, interrumpí yo, que Carducci dice en uno de sus sonetos:

*Amo te, vite, che fra bruni sassi
pampinea ridi ed a me pia maturi
il sapiente della vita ob'io.*

—Esto es, contestó aprobando el ingeniero Honoré y luego agregó:

«Todos estos cerros, que se extienden en forma de herradura al rededor de Piriápolis, pertenecen á la Sierra de las Animas y están separados de la Sierra de Minas por el valle de Pan de Azúcar.

«La disposicion de los núcleos serranos situados al Sud-Este del valle basáltico, donde se encuentra el viñedo, protejen á éste de los vientos dominantes y reinantes del Este y Sud-Este, como Pan de Azúcar y otras cumbres más bajas lo abrigan de los vientos del Norte, dejando abierta una sola abra al Nord-Este, y como lo resguardarán del pampero los montes plantados por Piria en la elevacion del Sud-Este.

«En los valles, faldas y cumbres de todos estos cerros se halla representada por completo la flora de las sierras y montes más interiores, de manera que el botánico puede colecciónar aquí desde los helechos y palmas hasta los variados mirtáceos del Sur y del Norte de la República—como lo prueba el hecho de que aquí cada cerro es un colmenar, donde los entendidos y vaqueanos saben hacer en la estacion propicia abundante cosecha de miel de toda especie, inciusa la miel de la abeja europea que se aclimata espontaneamente en esta region »

XVIII

Nuestra ascension se había efectuado por el versante meridional; pero, para variar el camino, nos bajamos por el costado septentrional, circunstancia ésta que nos acarreó una respectable caminata, con la añadidura de que el sol, ya en el zenith, mordía nuestras nucas con verdadero encarnizamiento.

Por aquel lado encontramos una vegetacion mucho más robusta y por poco nos extraviamos en el monte, á no ser los conocimientos astronomicos de mi companero que nos sacaron de corosamente de apuros.

En este mismo monte dimos con unas tunas en plena fructificacion, y, como la marcha nos habia secado la garganta, nos comimos unos cuantos de aquellos higos chumbos, pero con tanto descuido por mi parte que me llené de espinitas los dedos y los labios.

Despues de lo cual, me atrevo á esperar que no se juzgarán las excusiones hechas por nosotros en Piriápolis como completamente destituidas de aventuras arrojadas e interesantes.

Al castillo regresamos casi á la una de la tarde, cubiertos de polvo, sudorosos y con una pequena colección de desgarrones en el pantalon. . pero ostentando triunfalmente los despojos opimos de nuestra provechosa herborizacion.

— ¿Y ustedes?, preguntamos al encararnos con Juan Antonio Piria y con Sainz Rosas, que estaban esperándonos en el porton muy sosegadamente y con caras frescas, especialmente el segundo de los dos, merced á la delicada operacion que le había practicado por la mañana el amigo Mas.

— Matamos, contestó Sainz Rosas, una lechuza, un picapalo y dos camineros.

— ¡Asombroso! Y despues de tantos y tan estupendos ensayos, ¿no se les han pasado las ganas venatorias?

— La culpa no es nuestra, replicó Juan Antonio Piria, sinó de los pájaros, cada uno de los que, por la visto, se ha vuelto pájaro y medio, y por esto tienen la imperdonable descortesia de no querer ponerse al alcance de nuestras escopetas.

—¿Y qué les parece mi trabajo?, preguntó á este punto una voz muy insinuante, casi aflautada, desde lo alto de la escalera.

Era el amigo Mas que, la paleta ensartada en el pulgar de la mano izquierda y el pincel entre el pulgar y el índice de la derecha, estaba parado delante de su fresco, mirándonos con la cabeza vuelta un poco hacia nosotros.

El cuadro representaba la falda de un cerro muy rocoso, á cuyo pie se veía un pequeño estanque poblado de juncos y de otras plantas lacustres—el todo bien empastado, como dicen los pintores, y con un verismo lleno de fidelidad.

Lo felicitamos sinceramente y, como desde arriba acababan de avisarnos que el almuerzo estaba ya en la mesa, nos fuimos corriendo á nuestros aposentos para presentarnos decentemente en el comedor.

Recuerdo, como si fuera ahora, que ese dia durante el almuerzo Honoré y yo nos trabamos en una discusion descomunal, rebosante de tanto interés para los demás comensales que Emilio Mas se tragó media docena de guayabas, procedentes de la quinta del castillo, con cáscara y todo.

Objeto de nuestro debate fué nada menos que la lejanísima China, que yo cubría de vituperios y de invectivas porque ha tenido la pachorra de quedarse atrasada en unos veinticinco siglos, cristalizándose en la filosofía de Confucio que suprime la libertad y pone como eje de su sistema la obediencia pasiva—mientras mi contrincante la ensalzaba, la acariciaba y la palmeaba con una ternura de enamorado.

En ese tira y afloja, por poco me quedo con la trenza de madama China en las manos al afirmar: —Pero quieren ustedes un documento del atraso fenomenal de aquél país? Ahí va: hace

poco, los miembros del Tsong-li-yamen, especie de Consejo de la Corona, protestaron contra la construccion de un ferro-carril propuesto por una empresa extranjera, alegando que los clavos de los durmientes lastimarian el lomo de los dragones sagrados que recorren el subsuelo.

Esta cita, que, entre parentesis, es rigurosamente exacta, inclinó al auditorio en mi favor, por cuya razon Honoré, viendo á su China perdida en la opinion pública de Piriápolis, apeló á un golpe de efecto y gritó solemnemente:—¡Imposible!

Como era natural, yo me ratifiqué terminantemente y la cosa no pasó de ahí, porque don Francisco Piria, echando mano de su alta y baja señoría feudal, en ese mismo momento nos dijo:

A prepararse para montar á caballo, porque enseguida marcharemos á visitar la ciudad balnearia.

XIX

Para matar, como vulgarmente se dice, dos pájaros de una sola pedrada —cosa en un todo admirable para los avezados cazadores que formaban en nuestra comitiva y que, no obstante sus buenas escopetas y la mar de cartuchos gastados en sus correrías, no habían logrado matar arriba de media docena—esta vez don Francisco Piria nos hizo recorrer la zona occidental de Piriápolis, con el objeto de que viéramos, antes de llegar á la ciudad balnearia, una verdadera y abundante mina de carbonato de cal, ó de *marne*, que se halla ubicada en un costado del viñedo y que ha sido descubierta, despues de varios sondajes, hace apenas algunos meses.

La importancia de dicho hallazgo salta á la vista, si se tiene en cuenta así el hecho de que

casi todas las tierras de la República carecen de esa sustancia, como el antecedente de que, cuando el señor Piria, en uno de sus periódicos viajes á Europa, hizo analizar en Paris un mostruario completo de las tierras de Piriápolis, los señores *Jolie* y *Lagage*, jefes de aquel reputado laboratorio de análisis, aunque encontraron excelente la constitucion química de tales tierras para el cultivo de la vid, indicaron la conveniencia de agregarles préviamente, antes de plantar los sarmientos, fuertes cantidades de carbonato de cal ó de *marne* ú cal en su defecto de menor cantidad.

Desde que se ha pedido dar con esa mina toda nueva fraccion de tierra que se trabaja para incorporarla al gran viñedo—lo cual se practica con el gran arado zanjeador traído de Francia, que vá á 75 centímetros de profundidad y deja asombrosamente labrada cada hectárea en cinco dias—recibe su correspondiente cantidad de calcíreo y de fosfatos.

El ingeniero *Honoré*, que se detuvo algunos instantes examinando el yacimiento, juzgó esa *marne* de primísima calidad y felicitó al señor Piria por el tino con que habían sido dirigidos los sondajes de exploracion.

De la mina pasamos á la ciudad balnearia, que yo conceptúo el resorte capital de la prosperidad de Piriápolis, resorte que vá á funcionar espontáneamente apenas el señor Piria le de el impulso inicial, pues dispone, si se me consiente la figura mecánica, del soberbio volante formado por la marina que, como dije anteriormente, es la más hermosa de todo el Este, por el paisaje montañoso y amenísimo y por el *comfort* multiforme y refinado de que don Francisco Piria vá á rodear á su futuro pueblo de bañistas.

Para ubicarla, se ha elegido la altiplanicie que se extiende en la parte meridional del estableci-

miento, á una altura de sesenta metros sobre el nivel del mar y en las proximidades de la playa. Ocupa un área de seiscientas manzanas (treinta cuadras por veinte) y ha sido delineada con la misma orientación higiénica de La Plata y con extrema sujeción á las clarovidentes normas de edilicia que, acerca de la fundación de las ciudades, nos ha dejado el gran Milizia y que luego ha desarrollado y perfeccionado la arquitectura moderna.

Posee diez y seis grandes plazas, diez espaciosas avenidas diagonales, cincuenta y seis calles y un gran *boulevard* que cruza la planta urbana de un extremo á otro, en una extensión de cuarenta cuadras, y va á empalmar en los principales caminos de los departamentos del Este. A los costados de ese ágil y grandioso sistema de vialidad se han plantado desde el invierno anterior cuarenta mil eucaliptus, así como, suena.

El área deslindada y perfectamente amojonada para construcciones, alcanza á quinientas manzanas, divididas en solares de mil metros cuadrados, ó sea de 1355 varas, cada uno.

Y el remate de dichos solares comenzará en la próxima estación balnearia, en condiciones al alcance hasta de los bolsillos más modestos. Merced á esa forma de pago por cuotas mensuales casi imponderables que, manejada por don Francisco Piria, ha revolucionado en Montevideo la propiedad territorial, fraccionándola y colocándola en las manos de la clase trabajadora, segun el postulado de la economía democrática que constituye el secreto fundamental de los grandes adelantos realizados por la República francesa.

La crítica estrecha y mezquina, en ese hábil y útil mecanismo, que está funcionando hace ya

un cuarto de siglo, solo ha querido ver la faz del 'ucro, como si los hombres activos e inteligentes fueran condenados á trabajar por la hermosa barba de los censores, que jamás han sabido las múltiples amarguras y los escasos y ágrios placeres de toda obra perseguida contra viento y marea, y se pasan su vida, como ese arquetipo de la haraganería conocido en la historia del cristianismo bajo la denominacion del *Stilita*, hablando mal del prójimo desde el cacúmen de su ineptitud, de su holgazanería y de su envidia.

Pero es tiempo ya que se vislumbren tambien los hermosos barrios que han salido de aquel mecanismo y la muchedumbre de trabajadores transformados en propietarios, con evidente provecho y honra de las instituciones republicanas.

El remate de los solares, como decía, empezará en la próxima estacion balnearia y no es dificil prever que no habrá en ambas márgenes del Rio de la Plata persona atinada y de buen gusto que pierda la oportunidad de adquirir, con el simple ahorro diario de un fósforo y de un cigarrillo, segun la gráfica expresion de don Francisco Piria, un terrenito en el futuro centro veraniego y balneario, que promete resultar, para los rioplatenses, lo que eran Ercolano y Pompeya para los romanos antiguos, sin la molesta y peligrosa vecindad del Vesubio.

¡Ah, se me olvidaba lo más típicamente interesante! Cada uno de esos so'ares de mil metros cuadrados se venderá á pagar en mensualidades de cincuenta centésimos, de manera que, con una cuota de solo 6 pesos al año cualquier *quidam* podrá hacerse del terreno necesario como para edificar toda una quinta digna de Luculo.

En el mismo centro de la ciudad y en la primavera entrante, se dará comienzo á la construc-

ción del gran edificio destinado á hotel balneario para los *touristes* que prefieran la altiplanicie á la playa, donde, como he consignado anteriormente, se levantará otro hotel, rodeado de *pinus marítimos* y de *eucaliptus*. Al arrendar ambos edificios á la empresa que los explotará, el señor Piria, aun á costa de las pérdidas que le pueda acarrear el contrato respectivo, exigirá, como condición *sine qua non*, que se establezca para el hospedaje una tarifa determinada é invariable, la cual no exceda de un peso y medio diario por persona, abarcando ese precio el alojamiento, el desayuno, el almuerzo y la cena, vino comprendido.

Para la concurrencia que se traslade de Montevideo á Piriápolis por tierra, el señor Piria ha obtenido de la empresa del Ferrocarril que expenda al efecto billetes especiales con una fuerte rebaja sobre los precios ordinarios, y además organizará un servicio de *breacks* desde la Estación de La Sierra hasta la ciudad balnearia y vice-versa, para toda llegada y salida de trenes.

Por fin, habrá una linea de pequeños ómnibus que pondrá en rápida comunicación el hotel situado en la altiplanicie con el establecimiento balneario—mientras no se construya la línea *Decauville* que el señor Piria tiene proyectada para ligar entre sí las varias dependencias de su propiedad y con los fines comerciales anteriormente aludidos—así como un servicio de vehículos para comodidad especialmente de las señoras, de los niños y de los ancianos que quieran efectuar descansadas excursiones campestres en los alrededores.

Un detalle importante y muy significativo: simultáneamente á la construcción de los dos edificios susodichos, el señor Piria emprenderá esta primavera también la de un tercero, dentro

de la misma planta urbana, para escuela pública, cuyo primer plantel estudiantil será formado por los hijos de los actuales trabajadores del establecimiento.

Una vez concluido este edificio, el señor Piria hará donación de él a la Municipalidad de Maldonado.

XX

Llegados á este punto de nuestro paseo, y mientras estábamos por cruzar el *boulevard* de circunvalación de la ciudad balnearia, yo detuve al petizo overo que me había llevado en grupos durante las varias cabalgatas de aquellos días con una mansedumbre ejemplar y merecedora de que yo le dedique aquí una frase de público agradecimiento, proporcional á mis aptitudes ecuestres absolutamente negativas— y, encarándome con don Francisco Piria, le descerrajé á quema ropa este apóstrofe, bajo cuya forma inocentona asomaban las puas de una discreta dosis de incredulidad, casi rayana en un ligero conato de titeo:

—Vamos á ver ahora, don Francisco, si usted nos exhibe por fin su cascada ferruginosa.

Para que los lectores puedan desmenuzar la intención chacotona encerrada en estas pocas y anodinas palabras, es necesario que conozcan el antecedente de que nuestro anfitrión, desde los comienzos de nuestra llegada al establecimiento, había empezado á hablarnos un tanto misteriosamente de la tal cascada y fuentes de agua ferruginosa y que esa misma cita, siempre esfumada y evanescente, había vuelto á relampaguear varias otras veces al través de nuestras conversaciones, sin que hasta entonces lográramos atraparla y verla de cerca—pues todas nuestra

preguntas y todas nuestras insinuaciones se habían constantemente estrellado en ciertas reticencias, cuya resultante final se podría expresar mediante el adagio latino: *Dulcis in fundo*.

Por todo esto, en los bajos de nuestras tendencias críticas fermentaba algo así como un enjambre de dudas irriverentes y atrevidas acerca de la existencia sustancial y corpórea de la ya famosa cascada, aunque el ingeniero Honoré sostenía muy científicamente la tesis de que dada la abundancia de fierro que ofrece la composición química de la cienita y del basalto, la presencia del agua ferruginosa era sencillamente una lógica y forzosa consecuencia.

Sin duda, don Francisco Piria comprendió en el acto el alcance verdadero de mi apóstrofe, y abriendo los labios á una sonrisa que se podría igualar, frente á mi ataque embozado, á una triunfal parada de medio círculo, me dijo reposadamente:

—Ahí vamos.

En efecto, pocos pasos mas adelante nos hizo señá que nos apeáramos y, franqueado un montecito de coníferas, nos encontramos en la orilla de un arroyo profundamente encajonado en dos márgenes rocosas, que caen casi á pique y cuyo conjunto parece la graciosa miniatura de uno de esos torrentes suízos sumamente pintorescos, y que hasta los lectores aferrados de la plaza Constitución, y cuyo *tourisme* no pasa de los modestos límites de Buenos Aires, conocen, merced á las revistas ilustradas. Unos blocks de granito parados en el medio del cauce, que en ese punto es muy accidentado, forman una especie de esclusa natural, de cuya orla el agua—un agua genuinamente ferruginosa, como nos había dicho don Francisco Piria, y de las mejores—se desborda formando una linda cascada.

- Aquella vista inesperada nos arrancó unos superlativos de admiracion, y el señor Piria, visiblemente satisfecho por el efecto obtenido con su golpe reservado, nos expuso que en la primavera entrante dará á esa localidad todos los atractivos de un paraje de recreo y de pequeña estacion de baños ferruginosos, ya sea complementando la esclusa natural hasta formar en la parte superior del arroyo una especie de lago, ya levantando en la orilla un *chalet* y colocando un puentecito rústico de corte suizo, ya construyendo al lado de la cascada una capilla con la estatua de la Virgen, notable obra del escultor milanés Aíraghi, que trajo de Italia en su último viaje y que mide dos metros de altura.

- Luego, animándose cada vez mas con la vision de los proyectos que madura para el porvenir nos dijo que pensaba tambien abrir una cómoda senda en la vertiente occidental del cerro de Pan de Azúcar para facilitar las ascensiones, y construir un *chalet* en su cumbre para que los bañistas puedan gozar á sus anchas del ameno panorama que se domina de aquel punto y hasta organizar fiestas gastronómicas, musicales y de baile á 420 metros sobre el nivel del mar, y que mas tarde reemplazará la senda con un pequeño tranvia funicular, como los que funcionan en toda region montañosa de Europa.

Por último nos confió que algunos capitalistas de Buenos Aires, dándose perfecta cuenta de la importancia que va á adquirir Piriápolis, le han brindado los capitales necesarios para la fundacion de un *Casino*, de proporciones regias, facultizándole para ofrecer á la Municipalidad departamental, en cambio de la autorizacion que corresponde, la mitad de los beneficios para que se destinen á la construccion y mantenimiento de un hospital que se ubicaría en Maldonado y

de una escuela agronómica á establecerse en Piriápolis y en la que se suministraria alojamiento, vestuario, manutencion y educacion á todos los niños pobres del departamento que quisieran dedicarse á tan provechosa y práctica carrera.

XXI

En el acto de volver á las grupas de nuestros caballos para continuar el camino hacia la playa, el ingeniero Honoré, en voz lenta y casi desgranando las palabras para que cada una de ellas pesara debidamente en la opinion del señor Piria, formuló esta objecion:—Su plan es magnífico, de líneas grandiosas y elegantes, una verdadera concepcion orgánica que tiene desde ya asegurado el triunfo. Sin embargo, si usted me consiente la franqueza, yo hallo que aquí falta un detalle de alguna importancia.

—¿Cual?, preguntó el señor Piria con manifiesta curiosidad.

—Un observatorio meteorológico, que podría ubicarse, con grande ventaja científica, en la cumbre del Pan de Azúcar ó, cuando menos, en la del cerro de los Gigantes.

—Ya había pensado tambien en eso, contestó el señor Piria, y usted tendrá el observatorio meteorológico.

En seguida tocamos los caballos porque la noche se nos venía encima, y, despues de un galopito, desembocamos en la playa por el mismo camino central recorrido en la tarde anterior.

—¿Quién se baña?, preguntó Sainz Rosas, saltando donosamente al suelo y recorriendo nuestra linea con la mano derecha á medio tender, á la altura de la cara, y encaminada, con supre-

ma elegancia, en un despaciooso movimiento de rotacion á guisa de saca-corchos, como para facilitar la salida de nuestras respuestas.

Yo, que acariciaba desde el dia anterior el proyecto de rebuscar alguno de los contiguos menticulos tumulares para ver si lograba dar con alguna reliquia de la raza cantada con tan abundante vena de inspiracion por el primer poeta uruguayo, contesté negativamente y lo mismo hizo don Francisco Piria. Los demás optaron por el baño.

A pié, el señor Piria y yo alcanzamos el montículo más próximo y, en el acto, nos pusimos á espigar por entre un verdadero fárrago de fragmentos que indudablemente pertenecen al periodo neolítico—pero, debido á la escasa luz crepuscular, pues la noche ya se cernía sobre nuestras cabezas, con el solo y pobre resultado de una punta de flecha y ésta todavía á medio concluir.

Felizmente, una casualidad fortuita, en momentos en que, defraudadas nuestras esperanzas, estábamos por emprender el regreso al punto donde habíamos dejado los caballos, vino á compensar con creces la infructuosidad de nuestras pesquisas. El señor Piria, que hasta entonces había permanecido agachado, efectuando, como yo, un verdadero trabajo de selección y de rápido análisis, se levantó con el gesto de quien dice:—¡Tiempo perdido! — y dió unos pasos hacia la playa, pegando, sin embargo, como por descargo de conciencia, alguno que otro puntapié en las piedras que estaban semi Hundidas en la arena y cuya forma sugería, mas ó menos confusamente, la idea de algún objeto de confección charrúa. En uno de esos golpes, que hizo rodar algo así como una media esfera, exclamó con la voz apresurada y gozosa

con que todos acompañamos el repentino hallazgo de alguna cosa agradable:—¡Un mortero! —agregando de inmediato, sin la menor pausa ó transición:—y es para usted.

Era efectivamente un mortero, de esos que los charrúas labraban para desleir en ellos el ocre y para machacar sus menjúrges—un ejemplar, por añadidura, de los mejor concluidos y mas elegantemente cortados de cuantos figuran en las colecciones de la República. Es de la misma piedra que empleaban para hacer boleadoras; pesa dos kilos y setecientos cincuenta y dos gramos; tiene forma ovoidal en la base de su parte convexa, y triédrica en la zona lateral, midiendo su mayor linea periférica, de borde á borde, veintiseis centímetros; su faz superior es, por tanto, triangular equilátera, con un perímetro, en los bordes, de cuarenta y siete centímetros y una hipotenusa de catorce; el punto mas bajo de su concavidad marca una excavación de tres centímetros y medio.

El hallazgo fué festejado, como se merecía tambien por los compañeros que, á su vez, regresaban del baño, dirigiéndonos todos para el castillo, á donde llegamos, especialmente el ingeniero Honoré y yo, con una respetable dosis de cansancio, acumulada durante esos cuatro días que, en comparación que la vida sedentaria del periodismo, representaban para mi un derroche extraordinario de fuerza muscular.

Esto no obstó, sin embargo, á que tambien aquella noche nuestra sobremesa se prolongara hasta despues de las doce en agradables conversaciones, admirablemente atizadas por una botella de soberbio *Kümmel* que circulaba en grande, celebrando frecuentes *tête-à-tête* con el amigo Mas, quien, sea dicho en honor de la ver-

dad mas acrisolada, durante su estadía en Piriápolis, logró borrar, y con el codo ¡oh, sí!, la vieja calumnia consignada en *Lucrezia Borgia*, de que: *Lo spagnuol non bece*.

Luego pasamos á la sala, donde la señorita Rina nos regaló con algunos trozos de buena música y el amigo Honoré se abandonó á un conato de canto en el *Ave Maria* de Gounod, pero en voz tan deliciosamente desafinada y destemplada que todos convenimos en bautizar esa interpretación con el título de *La melodía de la piñata*.

XXII

Próximo ya á concluir mis pobres *Reisebilder*, como el viajero que brinda á los futuros *touïstes* el fruto de su experiencia bajo forma de algun consejo práctico, clavo aquí, en lo alto de este capitolito final, una breve advertencia á los que se preparan ó aspiran á visitar Piriápolis: «Si no disponeis de suficiente fortaleza de ánimo y tenéis vuestro tiempo limitado por los quehaceres montevideanos, huid de toda invitacion á pasar algun dia de esparcimiento en aquel castillo. Allá la exquisita y regia hospitalidad de los dueños de casa conspira con el delicioso paisaje, con los atractivos de la gran bodega y con las distracciones de toda especie para prolongar irresistiblemente vuestra estadía.»

Si no bastaran mis palabras, ahí está el ejemplo del ingeniero Honoré y de Emilio Mas, salidos conmigo de Montevideo la mañana del jueves con el propósito de regresar el lunes siguiente, de los que el primero se quedó en Piriápolis algunos días mas y el segundo, mientras escribo estas líneas, continúa aun en el

castillo, con muy pocas ganas, segun parece, de volver á juntarse con su taller.

Yo mismo, lo confieso cándidamente, tuve un momento de flojedad y reaccioné solo ante la austera vision del deber, que se me apareció la mañana del lunes, con cara muy enfadada de maestro Ciruela, la papalina echada para atrás, el mechóncito que le corona la frente hinchado y revuelto por el torbellino de la indignacion, y señalándome con el índice de la mano descarnada y nerviosa mis sagradas obligaciones periodísticas.

No hubo mas: hice mi maleta y quedó resuelto que á las once Juan Antonio Piria y yo saldriamos en el breack del establecimiento con rumbo á la Estación de La Sierra para tomar el tren de regreso á Montevideo.

Pero mi cortés anfitrion no consintió que yo dejara sus dominios sin catar antes el vino piriapolense de la cosecha de este año y al efecto, despues del café, nos condujo á la bodega, que en aquellos momentos se hallaba en la plena actividad de la vinificación.

Bajo la superintendencia del señor Próspero Renaux, las cuadrillas de peones se movian rápida y silenciosamente, bajando de los carros las grandes tinas desbordantes de racimos, vaciándolas en las prensas Meschini, pasando el mosto á los toneles, etc., etc., mientras en la atmósfera flotaban intensamente el aroma de las uvas pisadas y las exhalaciones de la generosa fermentacion.

Basta ver aquel funcionamiento armonioso, en que la mirada más escrudiñadora no encuentra la menor perdida de fuerza ó de tiempo, para vislumbrar de inmediato la larga práctica y la mucha competencia de que el actual mayordo-

mo del establecimiento dispone en el desempeño de su cargo.

Por lo demás, la siguiente anécdota, que me ha sido referida por don Francisco Piria, sobra para bosquejar su perfil de enólogo para el que la viticultura no tiene secretos:

Era la época del plantío; el señor Renaux estaba dirigiendo personalmente los trabajos y el señor Piria le enviaba, una tras otra, las varias especies de sarmientos que se encontraban en el almácigo, catalogadas como habían venido de Europa. De repente el mayordomo manda suspender el plantío y envía un recado al señor Piria rogándole quisiera tener la amabilidad de pasar al viñedo.

A su llegada y señalándole un manojo de sarmientos, le pregunta:

—¿De dónde proceden estas cepas?

—De..., contesta el señor Piria y nombra una de las principales casas de Europa.

—Pues el tablero está equivocado.

—Imposible. La casa vendedora garantiza la legitimidad de las variedades que expende.

—Sin embargo, esta es variedad completamente distinta de la que marca el letrero. Y sino, fíjese usted en lo siguiente: el sarmiento genuino de la variedad apuntada se dobla, bajo la presión de los dedos, y el de la presente se rompe, como usted ve, con un crujido seco y muy característico.

Todo lo dicho por el mayordomo era rigurosamente exacto y hay que tener en cuenta en primer término que el aspecto exterior de la variedad genuina y el de la equivocada son casi idénticos y en segundo lugar que esta última es generalmente muy poco conocida.

El señor Renaux nos recibió con el legítimo

orgullo del artifice que va á exhibir su obra concienzuda y, munido de una elegante copa de plata y de un sifon, nos condujo al fondo de la bodega, donde está alineada la hilera de las bordalesas reservadas, en las que se elaboran este año algunas variedades de vino de lujo. Llenó el sifon, dejó caer en la taza un hilo de líquido que parecía rubí derretido y, brindándonos la vasija, nos dijo sencillamente: — Es mosto de apenas cuatro días.

Aquello provocó un coro de interjecciones y de alabanzas entusiastas. ¡Qué mosto y no mosto! Aquello era vino hecho y dignísimo de rivalizar con el mismo Falerno, el vino clásico de los Trimalciones romanos. Aquello era néctar en toda la acepción de la palabra.

Felicitamos cordialmente al señor Roux y al señor Piria por el nuevo triunfo obtenido, que, en resumidas cuentas, es un triunfo de la enología oriental — y... regresamos al castillo, porque, como ya dije en otra oportunidad, el tiempo vuela en Piriápolis y los que deben salir no pueden descuidarse so pena de perder el tren nueve veces sobre diez.

No obstante la hora temprana, accediendo á la cortés insistencia de nuestro anfitrion y de la señora, antes de subir al breack Juan Antonio Piria y yo almorcamos, de manera que, en el momento de la despedida, nos hallamos abundantemente forrados contra toda emocion.

No les pasó lo mismo á todos nuestros compañeros que se quedaban en Piriápolis, pues, si el ingeniero Honoré nos apretó correctamente la mano con esa flema anglo alemana que confiere el estudio de las ciencias exactas, en cambio, así Mas como Sainz Rosas, este último á pesar de su marcial saco... que los lectores conocen á la perfección, se emocionaron al

punto de que uno tuvo que echar mano de su cocktailera y el otro de su *ñata* para tonificar simultáneamente el espíritu y el cuerpo.

Don Francisco Piria nos quiso acompañar hasta La Central. Al estrecharle efusivamente la mano y al darle las gracias por las muchas y delicadas cortesías que me había prodigado, le dije, en italiano, porque es su idioma predilecto: —*Le mie più calde felicitazioni, augurandole che il suo esempio abbia molti imitatori fra i suoi compatrioti.*

Montevideo, Abril de 1899.



ERRATAS

- Páginas 5, líneas 5-6, dice: Rubén Dario. Léase: Rubén Dario.
- Pág. 8, lín. 2, dice: aprendizaje á costas. Léase: aprendizaje á costa.
- Pág. 12, lín. 16, dice: dueña de la casa por una señorita. Léase: dueña de la casa, por una señorita.
- Pág. 14, lín. 12, dice: *leitmotiv*. Léase: *Leitmotiv*.
- Idem, lín. 34, dice: grandes blocks de cienita. Léase: grandes blocks de sienita.
- Pág. 20, lín. 13, dice: camunicaciones. Léase: comunicaciones.
- Pág. 33, lín. 7 dice: la cienita. Léase: la sienita.
- Pág. 34, lín. 5, dice: de un dandy. Léase: de un *dandy*.
- Pág. 43, lín. primera, dice cienita. Léase: sienita.
- Pág. 63, lín. 19, dice: una erupcion sienítica. Léase una erupcion sienítica.
- Pág. 68, lín. 6, dice: *Jolie*. Léase: *Jolie*.
- Idem, lín. 12, dice: ú cal en su defecto de menor cantidad. Léase: ó, en su defecto, cal en menor cantidad.
- Pág. 69, lín. 27-28, dice: de los bolsillos más modestos, merced. Léase: de los bolsillos mas modestos, merced.
- Pág. 71 lín. 4, dice: rodeado de pinus. Léase: rodeado de pinos.
- Pág. 73, lín. 12, dice: de la cienita. Léase: de la sienita.
- Pág. 76, lín. 6, dice: mentículos. Léase: montículos.
- Pág. 77, lín. 22-23, dice: como se merecía tambien. Léase: como se merecía, tambien.
- Idem lín. 28, dice: en comparación que la vida sedentaria. Léase: en comparación con la vida sedentaria.
- Idem, lín. 31, dice: Esto no obstó sin embargo. Léase: Esto no obstó, sin embargo.